



purorrelato

XI CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

LOS 50 MEJORES
MICRORRELATOS
ACOMPAÑADOS DE
DOS FIRMAS INVITADAS

ÁNGELES JURADO
CHEMA CABALLERO

 CASA
ÁFRICA

priorrelato

purorelato

XI CONCURSO
DE MICRORRELATOS
CASA ÁFRICA

LOS 50 MEJORES
MICRORRELATOS
ACOMPAÑADOS DE
DOS FIRMAS INVITADAS

ÁNGELES JURADO
CHEMA CABALLERO



CASA
ÁFRICA



CONSORCIO CASA ÁFRICA



Edición: Casa África.

Coordinación: Estefanía Calcines Pérez.

Traducción

del francés: Ramsés Cabrera

del inglés: Ramsés Cabrera

del portugués: María Felisa Rodríguez Prado.

de las biografías de los ganadores y del texto de Ebrahim Salimikouchi: Danilo J. Medina Mederos

Maquetación: FashionMania

© De la edición, Casa África.

© De los textos, sus autores.

África y España, cada vez más cerca

Calle Alfonso XIII, 5, 35003 Las Palmas de Gran Canaria

+34 928 432 800/www.casafrica.es/ info@casafrica.es

Casa África

Director General
José Segura Clavell

Secretario General
Justo Artiles Sánchez

Gerente
Ana María Hernández Díaz

Jefa del Área de Mediateca y Web
Estefanía Calcines Pérez

Casa África es el consorcio de diplomacia pública al servicio de la acción exterior del Estado en el continente africano. Forma parte de la Red de Casas de la diplomacia pública española junto con Casa de América, Casa Árabe, Casa Asia, Casa Mediterráneo y Centro Sefarad Israel. Con sede en Las Palmas de Gran Canaria y creada en 2006, Casa África organiza actividades de carácter cultural, social, educativo, económico y político, siempre con la intención de fomentar las relaciones a todos los niveles entre España y África. Los entes participantes de este consorcio público son el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, el Gobierno de Canarias y el Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria.

In memoriam Pepe Millo

ÍNDICE

15	Prólogo
16	Un elogio a la elegante sencillez de los microrrelatos
19	PRIMER PREMIO La rebelión de los baobabs / A revolta dos baobás
25	SEGUNDO PREMIO Chike
31	TERCER PREMIO Al ritmo del té / No Ritmo do Chá
37	MENCIÓN ESPECIAL JURADO El Safari / O Safári
	FIRMAS INVITADAS
43	Ángeles Jurado
47	Chema Caballero
	SELECCIÓN DE MICRORRELATOS
51	Ya camina
52	Bread with lard
54	Trança de quatro pontas
56	Las manos de Mbalmayo
57	La moneda de Tiagbare
58	Entretelas
59	Las voces del agua
60	Raíces
61	Grafiti
	Racines et Avenir
62	Antes do verbo
64	The Man Who Collected Suns

67	La patria no cabe en una maleta
68	O dia em que os ossos responderam
71	El agua prohibida
73	La grieta en la piel
74	Racines en Exil
76	Bestia Sagrada
77	Napore
79	Estado del bienestar
80	Chitenje Changa (My Wrapper)
82	Sueña Mintata
83	La Promesa del Baobab
85	Vudú
86	Hiding From Baami
88	Legañas de perro
89	El diario
90	Adaeze
91	El tambor y la palabra
92	Epidemia
94	El Secreto de Ngimbi
95	Cuando la luna dejó de visitarnos
96	Saved By Rambo
98	El país de un millón de poetas
99	La luna y el baobab
101	La máscara
102	Samsons Call
104	The Sangoma
107	La fuerza del destino
108	Carnavaleidoscópio
110	Alquimista dos céus
112	Dátil
113	Detrás de un gran hombre, siempre una gran sombra
114	À Margem
116	Legacy of the Weaver
118	The Lighthouse Keeper's Daughter

PRÓLOGO

Cada microrrelato es una puerta diminuta que, al abrirse, revela un mundo entero. En esta nueva edición de Purorelato, esas puertas han vuelto a mostrarnos la diversidad, la sensibilidad y la fuerza creativa con la que tantas voces se acercan a África desde el respeto, la imaginación y la profundidad narrativa. Leerlos es un viaje plural, donde la brevedad se convierte en intensidad y cada línea en una invitación a mirar el continente sin estereotipos.

Tras las pertinentes valoraciones de los microrrelatos recibidos en la presente edición—evaluando la destreza literaria, la originalidad y la adecuada vinculación con África del microrrelato—, el jurado constató una rica variedad de perspectivas. Y, sin embargo, emergió una coincidencia hermosa y reveladora: este año, todas las obras galardonadas nacen del ámbito lusófono. Brasil y Portugal, dos geografías unidas por un idioma y por una tradición literaria vibrante, han tejido relatos capaces de tender puentes con África, recordándonos la profundidad de los lazos históricos y culturales entre ambas orillas del Atlántico.

Así, otorgaron:

1. **Primer premio** para *A revolta dos baobás (La revuelta de los baobabs)*, de Mauro Bartolomeu (Brasil), por su poderosa imaginiería y pulso narrativo.
2. **Segundo premio** para *Chike*, de José Baptista (Portugal), un relato íntimo y preciso.
3. **Tercer premio** para *No ritmo do chá (Al ritmo del té)*, de Andrea Salgueirinho (Brasil), donde lo cotidiano se enciende en revelación.
4. **Accésit** para *O safári (El safari)*, de Marcelo Maio Coelho (Brasil).

A todos los participantes, gracias por enriquecer este certamen. Y al lector que comienza ahora este trayecto: que estas voces, breves e inmensas, sigan resonando mucho después de cerrar estas páginas.

José Segura Clavell
Director General de Casa África

Un elogio a la elegante sencillez de los microrrelatos

Ebrahim Salimikouchi,

Ganador del 1er premio de Purorelato 2024

Profesor de la Universidad de Neuchâtel, Suiza.

Vivimos en un mundo en el que, más que nunca, las voces triviales gritan con fuerza. No porque digan la verdad, sino porque saben cómo acaparar el espacio, manipular la atención y confiscar la palabra. También es un mundo sumido en ilusiones tecnofascistas, en el que al ser humano ya no solo se le controla, sino que se le programa.

Y, aun así, hay cosas que, afortunadamente, resisten. Por ejemplo, la literatura, ese fenómeno omnipresente e inefable, ese legado tan discreto, frágil y, sin embargo, fundamental de nuestra humanidad. La literatura, en todas sus formas, incluido el microrrelato, sigue salvándonos, no solo del aburrimiento, la banalidad y la monotonía de la existencia, sino también de las fuerzas deshumanizadoras de nuestro tiempo.

Para mí, la micronarrativa, esta breve forma de modesta elegancia y lucidez, sigue siendo un soplo de aire fresco en una atmósfera saturada de ruido, en un mundo perdido en el laberinto de los algoritmos. No busca entretener, sino conmover, recordar, acompañar. Nos ayuda a acercarnos todo lo posible a la experiencia humana: vidas ordinarias, heridas invisibles, pequeñas esperanzas, destinos marginales. Habla del ser humano en su totalidad, más allá del estruendo de las ideologías, los dogmas, las narrativas hegemónicas y de todo lo que menoscaba o aplasta la dignidad humana.

Para mí, la micronarrativa es la literatura de lo real, de lo cotidiano, de lo sensible. Antepone la atención a la velocidad, la autenticidad de lo cotidiano al espectáculo de lo artificial y la fidelidad a las voces minoritarias a la demagogia. Se convierte en un espacio de acogida para las historias del mundo, donde el discurso frágil encuentra, por fin, un lugar donde habitar.

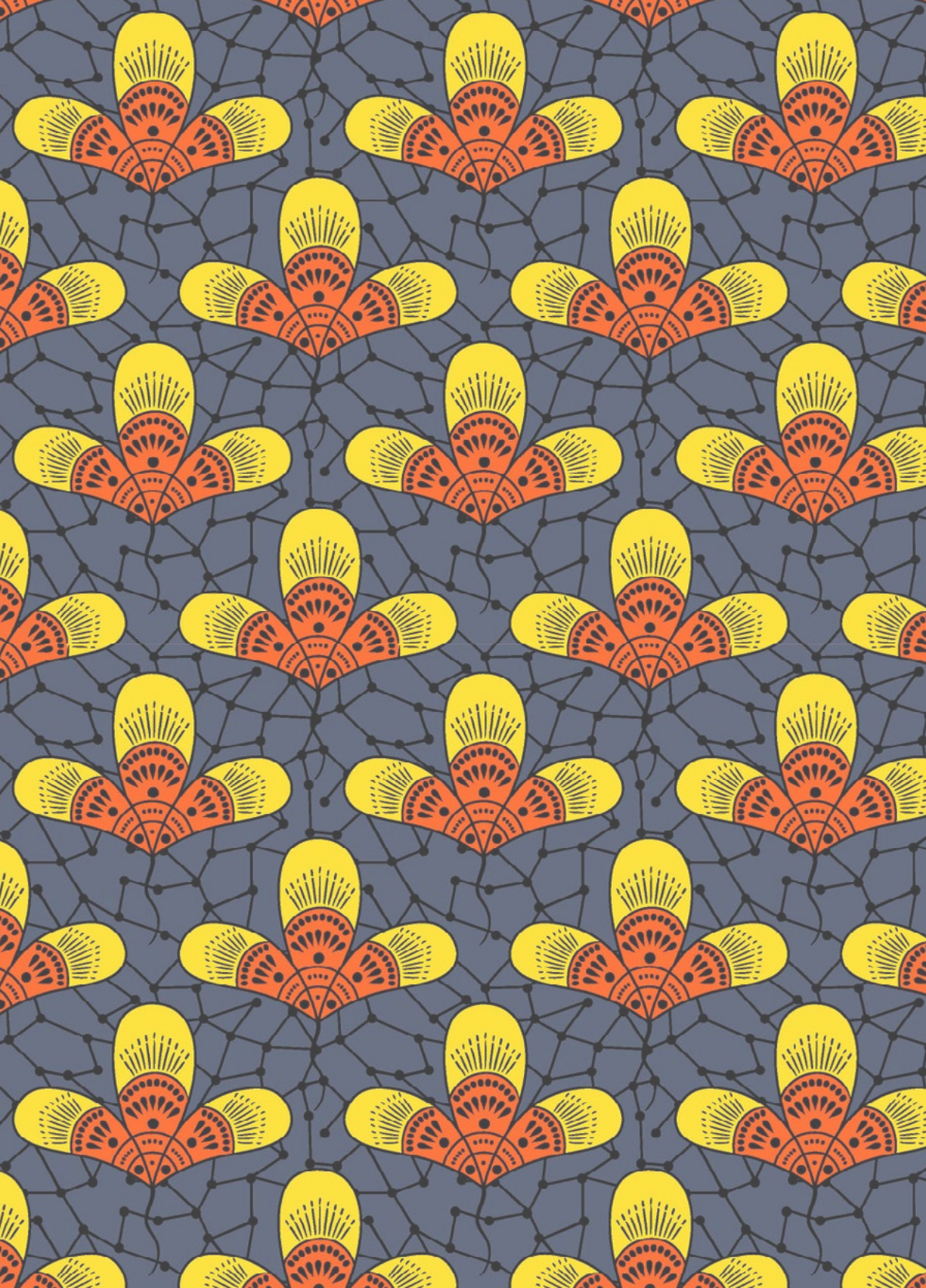
En 2025, durante los talleres de escritura de microrrelatos que impartí en la Universidad de Neuchâtel, en consonancia con el espíritu del festival de microrrelatos de Casa África, fui testigo del nacimiento de voces singulares. Cada una de ellas llevaba consigo un mundo, un recuerdo, una forma única de vivir la realidad. Cada texto era otra forma de pensar, escuchar e imaginar lo común, en nuestro planeta salpicado de malentendidos y soledades.

En una época marcada por nuevas formas de totalitarismo y por máquinas que hablan (y pronto pensarán) por nosotros, la micronarrativa constituye un acto de resistencia. Un gesto minúsculo, pero esencial, para recordarnos que el ser humano no es un objeto manipulable, sino un sujeto. Un sujeto portador de una historia. Una historia por contar, por escuchar, por acoger y, tal vez, por amar.

Primer Premio

A revolta dos baobás

*Mauro Bartolomeu
(Brasil)*





Si hay una cita que resume mi visión sobre la obra literaria es la de Fernando Pessoa, según la cual *«hacer arte es confesar que la vida o no sirve, o no es suficiente»*.

Mauro Bartolomeu

(Brasil)

Mauro Bartolomeu es un poeta y escritor «de otro planeta que actualmente me encuentro realizando prácticas no remuneradas en este planetita rocoso del brazo de Orión. Adopto una forma humana para no asustar a los demás habitantes, pero no me sirve de mucho».

Con una maestría en Estudios Literarios por la Universidad Estatal Paulista (Unesp), es autor, entre otras obras, de la prosa poética «Last Seller Series Orgulhosamente Apresenta Nossa Senhora da Eutanásia ou a Arte é Longa, a Vida é Breve, o Barato é Louco, o Processo é Lento e o Buraco é Mais Embaixo» (Last Seller Series presenta orgullosamente Nuestra Señora de la Eutanasia o El arte es largo, la vida es breve, el viaje es una locura, el proceso es lento y el agujero está más abajo) (2010), de la sátira «A Torre» (La torre) (2014), de los «Microquasecontos» (Microcasicuentos) (2017) y de la novela «Entrevista com o Demônio» (Entrevista con el demonio) (2022).

Ha ganado varios premios literarios, entre ellos el primer puesto en el VII Concurso de Microcuentos del Salón Internacional del Humor de Piracicaba (2017) y el tercer puesto en el Premio Bram Stoker de Cuentos de Terror (2018).

La rebelión de los baobabs

Mauro Bartolomeu (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Se decía, mucho antes de que las palabras se convirtieran en papel, que el día en que muriera el último griot, los baobabs se rebelarían. Nadie sabía quién lo había dicho primero, si el silbido del viento, el murmullo del río o el crepitar de las hogueras, pero la leyenda pasaba de boca en boca, como besos prohibidos. Hasta que, en un día tan útil como perdido, dejó de pasar.

Llegaron las máquinas. Llegaron las pantallas, las luces frías, las voces sintéticas. Llegaron promesas de progreso y ciudades con olor a aceite quemado. Los hombres olvidaron el lenguaje del viento, el sabor de la lluvia sobre la arcilla, el nombre secreto de las semillas. Los griots, antaño sentados en el centro del círculo, se convirtieron en ruido de fondo. El último de ellos murió en una habitación tan blanca que dolía, con cables en el pecho y silencio en los ojos.

Nadie se dio cuenta, al fin y al cabo sólo era un anciano. Pero cuando su nieta llegó al baobab donde solía jugar, el mundo había desaparecido. Corrió en círculos, gritando nombres que sonaban a polvo. Donde antes había troncos que ella creía que tocaban el cielo, ahora sólo había agujeros, como si la tierra hubiera perdido los dientes, pero hubiera abierto mil bocas para engullir, cada vez con más voracidad, toda la arena del tiempo.

A revolta dos baobás

Mauro Bartolomeu (Brasil)

Dizia-se, desde muito antes das palavras virarem papel, que no dia em que morresse o último griô, os baobás se levantariam. Ninguém sabia quem dissera primeiro — se o ciciar do vento, se o murmúrio do rio, se o crepitar das fogueiras, mas a lenda passou de boca em boca, como beijos proibidos. Até que, num dia perdido de tão útil, sem mais nem menos, deixou de passar.

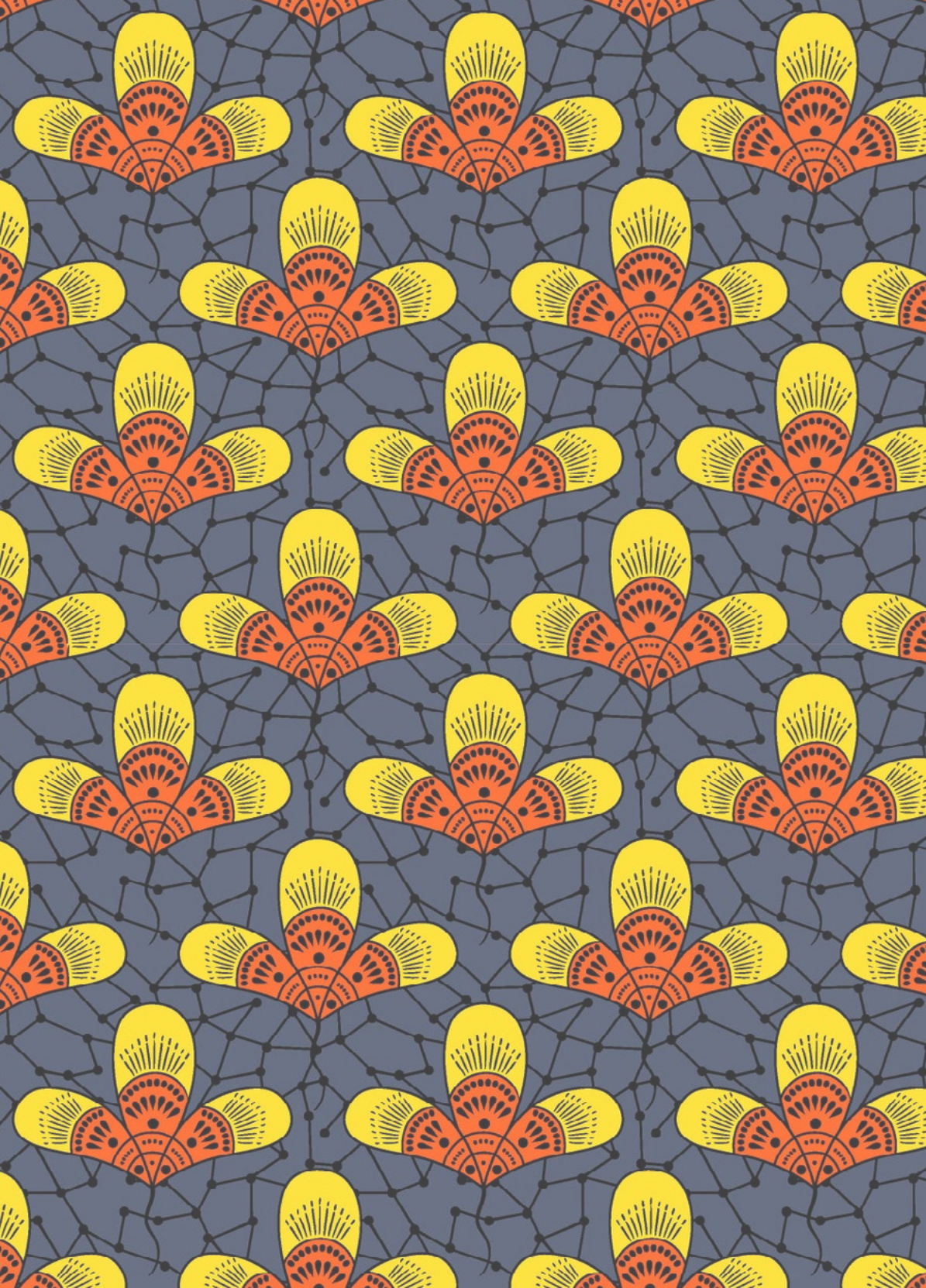
Vieram as máquinas. Vieram os ecrãs, as luzes frias, as vozes sintéticas. Vieram promessas de progresso e cidades com cheiro de óleo queimado. Os homens esqueceram o idioma do vento, o sabor da chuva no barro, o nome secreto das sementes. Os griôs, antes sentados no centro das rodas, viraram ruído de fundo. O último deles morreu num quarto que doía de tão branco, com fios no peito e silêncio nos olhos.

Ninguém deu por isso, afinal era só um velho. Mas quando sua neta chegou ao baobá onde costumava brincar, o mundo estava em falta. Correu em círculos, chamando por nomes que soavam como poeira. Onde antes havia troncos que ela acreditava tocar o céu, agora só havia buracos — como se a terra tivesse perdido os dentes, mas arreganhasse mil bocas para engolir, cada vez mais voraz, toda a areia do tempo.

Segundo Premio

Ckike

*José Baptista
(Portugal)*





«Respirar palabras

Abrir alas a los sentidos

Libertad»

José Baptista

(Portugal)

Profesor de educación primaria. Colaboración en un periódico regional (sección literaria).

Mi interés por la literatura y la fotografía de la naturaleza se manifestó desde la adolescencia. A lo largo de los años, he ganado varios premios, principalmente en las modalidades de cuento y poesía. Algunos han sido publicados en antologías. Este año publicaré el libro de poesía *«Apeadeiros da Alma»* (Andenes del alma), del que extraigo el haiku que, en cierto modo, expresa mi conexión con la literatura.

Chike

José Batista (Portugal)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Chike se despertaba antes que el sol y las cabras, que eran pocas más que sus años y conocían bien el camino. Las seguía como quien conduce pensamientos, caminando descalzo por la tierra caliente, con una vara de acacia en la mano, reliquia familiar, y un paño rojo sobre los hombros.

En la sabana, el tiempo era diferente. Allí, un minuto valía un día y toda una vida el aliento entre dos pasos.

A mediodía, se sentaba a la sombra de una acacia, abría el paño azul y comparaba el pan seco con Obi, el perro flaco que lo seguía desde niño.

Chike no sabía leer. Pero sabía contar: los animales, los días sin lluvia, los silencios de su padre que se había ido a la guerra.

Sonreía poco, pero, cuando lo hacía, parecía que toda la tierra sonreía con él.

Tampoco hablaba mucho. Decía que las palabras asustaban a los animales y a los dioses. Sin embargo, las cabras conocían su silbido y él conocía el ritmo de ellas. Sabía cuándo una estaba enferma o cuándo acechaba el peligro entre los arbustos.

Cuando alguna cabra se alejaba del rebaño, Chike no corría. Se sentaba en la tierra caliente, miraba al cielo y silbaba una melodía que sólo conocían los vientos antiguos. La cabra regresaba sola, sana y salva.

Los ancianos decían que Chike podía oír cosas que nadie más oía; que entendía el sonido de las piedras, la advertencia de las nubes, la nostalgia de los árboles.

Un día, desapareció.

Dejó su cayado clavado en la tierra y sus cabras pastando en silencio.

Nadie lloró al pequeño funali. Sólo Obi ladró suavemente.

En la sabana, incluso las partidas se aceptan como parte del pasto.

Chike

José Batista (Portugal)

Chike acordava antes do sol e as cabras, que eram pouco mais que os seus anos, já sabiam o caminho. Seguia-as como quem conduz pensamentos, caminhando descalço pela terra quente, com um pau de acácia na mão, herança familiar, e um pano vermelho pelos ombros.

Na savana, o tempo era outro. Ali, um minuto valia por um dia, e uma vida o sopro entre dois passos.

Ao meio-dia, sentava-se à sombra de uma acácia, abria o pano azul e dividia o pão seco com Obi, o cão magro que o seguia desde pequeno.

Chike não sabia ler. Mas sabia contar — os animais, os dias sem chuva, os silêncios do pai que partira para a guerra.

Sorria pouco, mas quando o fazia, parecia que toda a terra sorria com ele. Também não falava muito. Dizia que as palavras assustavam os animais e os deuses. No entanto, as cabras conheciam-lhe o assobio, e ele conhecia-lhes o ritmo. Sabia quando uma estava doente, ou quando um perigo espreitava nos arbustos.

Quando alguma uma cabra se afastava do rebanho, Chike não corria. Sentava-se na terra quente, olhava o céu e assobiava uma melodia que só os ventos antigos conheciam. A cabra voltava sozinha, sã e salva.

Os mais velhos diziam que Chike ouvia coisas que ninguém mais ouvia. Que entendia o som das pedras, o aviso das nuvens, a saudade das árvores.

Um dia, desapareceu.

Deixou o cajado fincado no chão e as cabras pastando em silêncio.

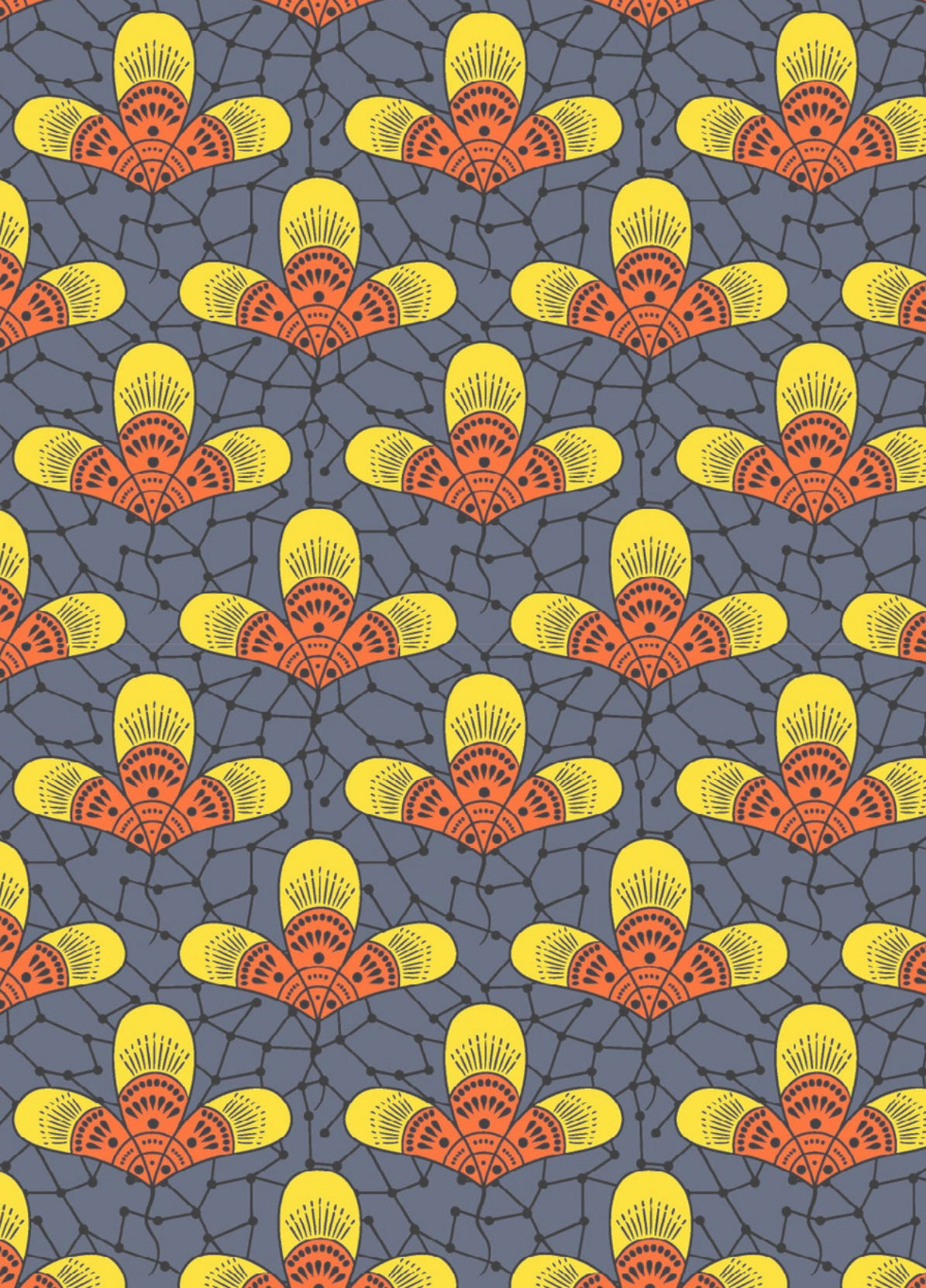
Ninguém chorou o pequeno funali. Apenas Obi latiu baixinho.

Na savana, até as partidas são aceites como parte do pasto.

Tercer Premio

No ritmo do Chá

Andrea Salguerinho
(Brasil)





*«Los científicos dicen
que estamos hechos
de átomos, pero a mí
un pajarito me contó
que estamos hechos
de historias».*

Eduardo Galeano

Andrea Salgueirinho (Brasil)

Andrea Salgueirinho es escritora, viajera desde hace 11 años y voluntaria en proyectos sociales y causas humanitarias. Es autora del boletín *«Ensaaios sobre a Coragem»* (Ensayos sobre el coraje), en el que escribe semanalmente en portugués sobre encuentros, travesías y experiencias vividas en 53 países de los cuatro continentes. Su escritura se mueve entre la escucha y el movimiento, la presencia y la memoria. Es una forma de plasmar aquello que late y que las fotos no captan, pero que se revela entre líneas.

Al ritmo del té

Andrea Salguerinho (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Siempre era a las cuatro. El fuego bajo de carbón en el suelo, la tetera tintineando con calma, los cuencos pasando de mano en mano. Se sentaban en el patio como quien sabe que el día aún puede enseñar algo. Uno hablaba, el otro reía. Y el tiempo, allí, obedecía al ritmo del té.

Ella miraba desde lejos. No hablaba francés. Ni inglés. Todo el wolof se le escapaba. Pero lo entendía todo. Había algo en el cuerpo de los gestos, en el silencio entre las palabras. Algo que no se podía traducir, pero que ella reconocía. Como si su piel recordara.

El suelo era seco, el polvo fino se levantaba con el viento. Decían que era por el desierto. Y puede que así fuera. Allí todo ardía lentamente: el sol, el tiempo, el gesto.

Una tarde, la invitaron a sentarse. En aquel lugar no había luz eléctrica. Cuando la oscuridad llegó, se quedó. Sobró el sonido: la conversación en voz baja, el metal de la tetera, el tambor que tocaba con alma un chico en la oscuridad. No se veía ningún rostro más.

El mundo se oía, no se veía.

Pensó en el té de las cinco al otro lado del mundo, donde nadie se detiene, donde nadie escucha. Allí, en la oscuridad, el tiempo yacía en el suelo. Y ella con él.

No había foto, ni registro. Sólo el cuerpo guardándolo todo: el sabor del té, el cuenco caliente, el sonido del djembé atravesando el tiempo y diciendo, sin decirlo, que ella volvía a casa.

No ritmo do Chá

Andrea Salguerinho (Brasil)

Era sempre às quatro. O fogo baixo do carvão no chão, o bule tilintando com calma, as cumbucas passando de mão em mão. Sentavam-se no quintal como quem sabe que o dia ainda pode ensinar algo. Um falava, outro ria. E o tempo, ali, obedecia ao ritmo do chá. Ela observava de longe. Não falava francês. Tampouco o inglês. O wolof lhe escapava inteiro. Mas entendia tudo. Havia algo no corpo dos gestos, no silêncio entre as palavras. Algo que não se traduzia, mas que reconhecia. Como se a pele lembrasse.

O chão era seco, a poeira fina subia com o vento. Diziam que era por causa do deserto. E talvez fosse. Tudo ali queimava devagar: o sol, o tempo, o gesto.

Numa noite, foi convidada a sentar. Naquele lugar, não havia luz elétrica. Quando a escuridão chegou, ficou. Restou o som: a conversa baixa, o ferro do bule, o tambor tocado com alma por um rapaz no escuro. Não se via mais rosto algum. O mundo era ouvido, não visto.

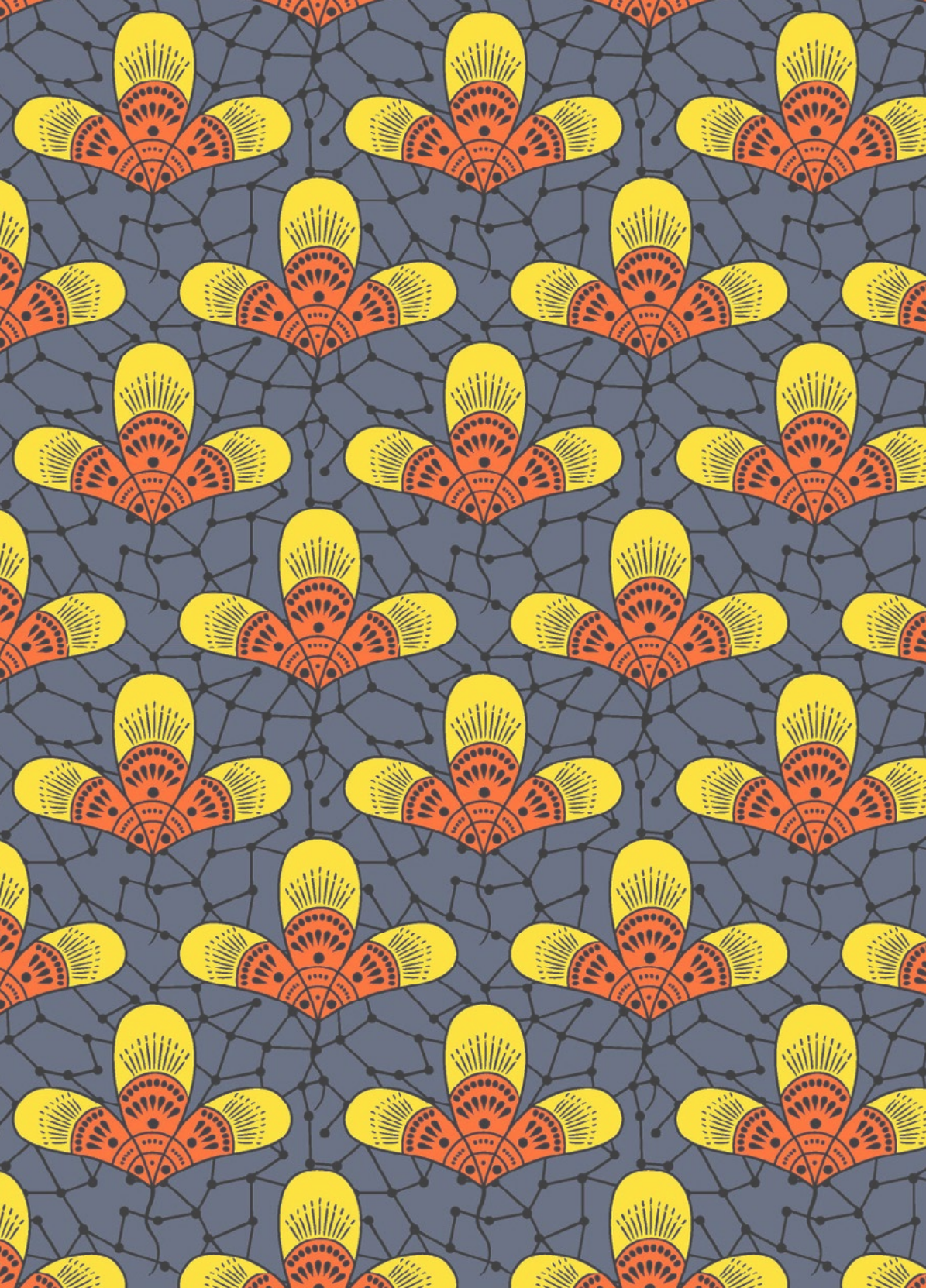
Pensou no chá das cinco do outro lado do mundo — onde ninguém mais para, onde ninguém mais escuta. Ali, no escuro, o tempo se deitava no chão. E ela com ele.

Não havia foto, nem registro. Só o corpo guardando tudo: o gosto do chá, a cumbuca quente, o som do djembe atravessando o tempo e dizendo, sem dizer, que ela voltava pra casa.

Áccesit

O Safári

Marcelo Coelho
(Brasil)





«Aunque esté mal,
escribelo».

Marcelo Coelho

(Brasil)

Marcelo Maio nació y se crió en Río de Janeiro, ciudad en la que vivió hasta los 24 años. Después, residió en Brasilia, Japón, Italia y Ghana. Escribe desde la adolescencia, como mero pasatiempo, aunque ya ha sido premiado en concursos literarios con relatos cortos y poemas.

En 2015, publicó una recopilación de relatos cortos a través de la editorial Multifoco titulada «*O cemitério dos solitários*» (El cementerio de los solitarios).

El Safari

Marcelo Coelho (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

El aeropuerto Charles de Gaulle bullía festivamente, con la llegada de vuelos procedentes de toda África, especialmente de Nairobi y Johannesburgo. Jirafas se quejaban en swahili del espacio para las piernas en el avión, mientras los elefantes levantaban la voz en tsonga contra la cantidad de comida ofrecida.

Todos estaban entusiasmados con el safari humano que estaban a punto de emprender. Cuando salieron del aeropuerto, se subieron inmediatamente a un autobús con cristales blindados, ya que la hiena líder -cuya autoridad disputaba el león- había advertido al grupo de que, aunque algunos animales ya tenían la experiencia de haber visitado grandes ciudades africanas, las capitales europeas eran mucho más peligrosas. El antílope les recordó que estaban desobedeciendo una recomendación del Ministerio de Animales de la Sabana, según la cual sólo debían hacerse a Europa los viajes imprescindibles.

Dicho y hecho: en 24 horas, unos caniches robaron las carteras de tres perros salvajes y unos siameses traicioneros se llevaron los pasaportes de dos guepardos. A pesar de los contratiempos, todos se divirtieron haciendo fotos de humanos que cruzaban las calles corriendo, de señoras comprando comida en los mercados, de grupos enfurecidos en manifestaciones contra los inmigrantes, de animales con correa y pájaros enjaulados, tan presos como sus dueños, que llevaban un accesorio que divirtió a todos: corbatas.

De vuelta a África, han escuchado críticas («¡Jugándose la propia vida!») y alabanzas («¡Si pudiera, haría ese viaje exótico!»), pero ya están planeando una aventura aún más radical: ¡Nueva York!

O Safári

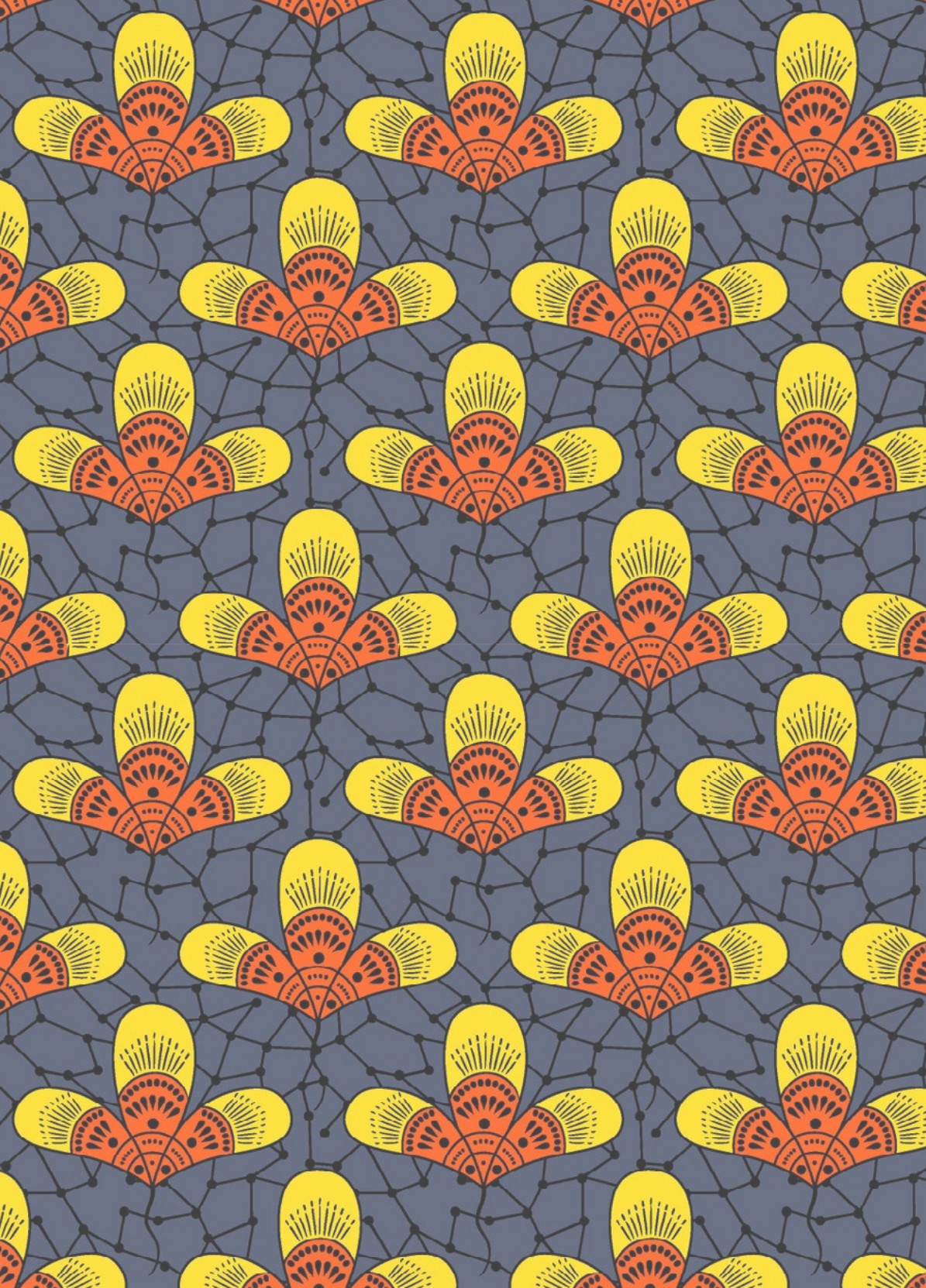
Marcelo Coelho (Brasil)

O aeroporto Charles de Gaulle estava em festa, com os voos que chegavam de toda a África, principalmente de Nairobi e Joanesburgo. Girafas reclamavam em swahili do espaço para as pernas no avião, enquanto elefantes bradavam em tsonga contra a quantidade da refeição oferecida.

Todos estavam empolgados para o safári de humanos que fariam. Na saída do aeroporto, entraram logo em um ônibus com vidro blindado, pois a líder hiena – cuja liderança era contestada pelo leão – advertira o grupo que, embora alguns animais já houvessem visitado grandes cidades africanas, as capitais europeias eram muito mais perigosas. O antílope lembrava que estavam desobedecendo uma recomendação do Ministério dos Animais da Savana, segundo o qual apenas viagens essenciais deveriam ser realizadas à Europa.

Dito e feito: em 24 horas, três cachorros selvagens tiveram suas carteiras furtadas por poodles e duas chitas viram seus passaportes serem levados por siameses traiçoeiros. Apesar dos contratemplos, todos se divertiram tirando fotos de humanos atravessando a rua correndo, de senhoras comprando comida nos mercados, de grupos raivosos se manifestando contra os imigrantes, de animais em coleiras e pássaros em gaiolas, tão enjaulados quanto os seus donos, que vestiam um acessório que a todos divertiu: gravata.

De volta à África, ouviram críticas («Brincando com a própria vida!») e elogios («Se eu pudesse, faria essa viagem exótica!»), mas já planejam uma aventura ainda mais radical: Nova Iorque!



Firma invitada
Ángeles Jurado



Licenciada en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid, la periodista y escritora amplió estudios en Estocolmo y Dublín. Ha colaborado en medios especializados en África y en diversas publicaciones periódicas. Es autora de varios libros de cuentos y microrrelatos. También ha publicado en las columnas periodísticas *Síndromes de Estocolmo* (*La Tribuna de Canarias*) y *Salvapantallas* (*Canarias7*), en el blog *Cartas a Sinaja* (*Canarias7*), *EsÁfrica.es*, *Paneta Futuro* y en el periódico *El País* y en revistas especializadas, como *La Fábrica del Festival Eñe* o *Brittle*. Ha recibido varios premios literarios y ha sido traducida al islandés dentro de una antología de cuentistas españolas. Forma parte del equipo de comunicación de Casa África, donde coordina su club de lectura. Su ámbito de investigación se centra en la contribución de las mujeres de África occidental a la historia y el feminismo universales.

Fénix

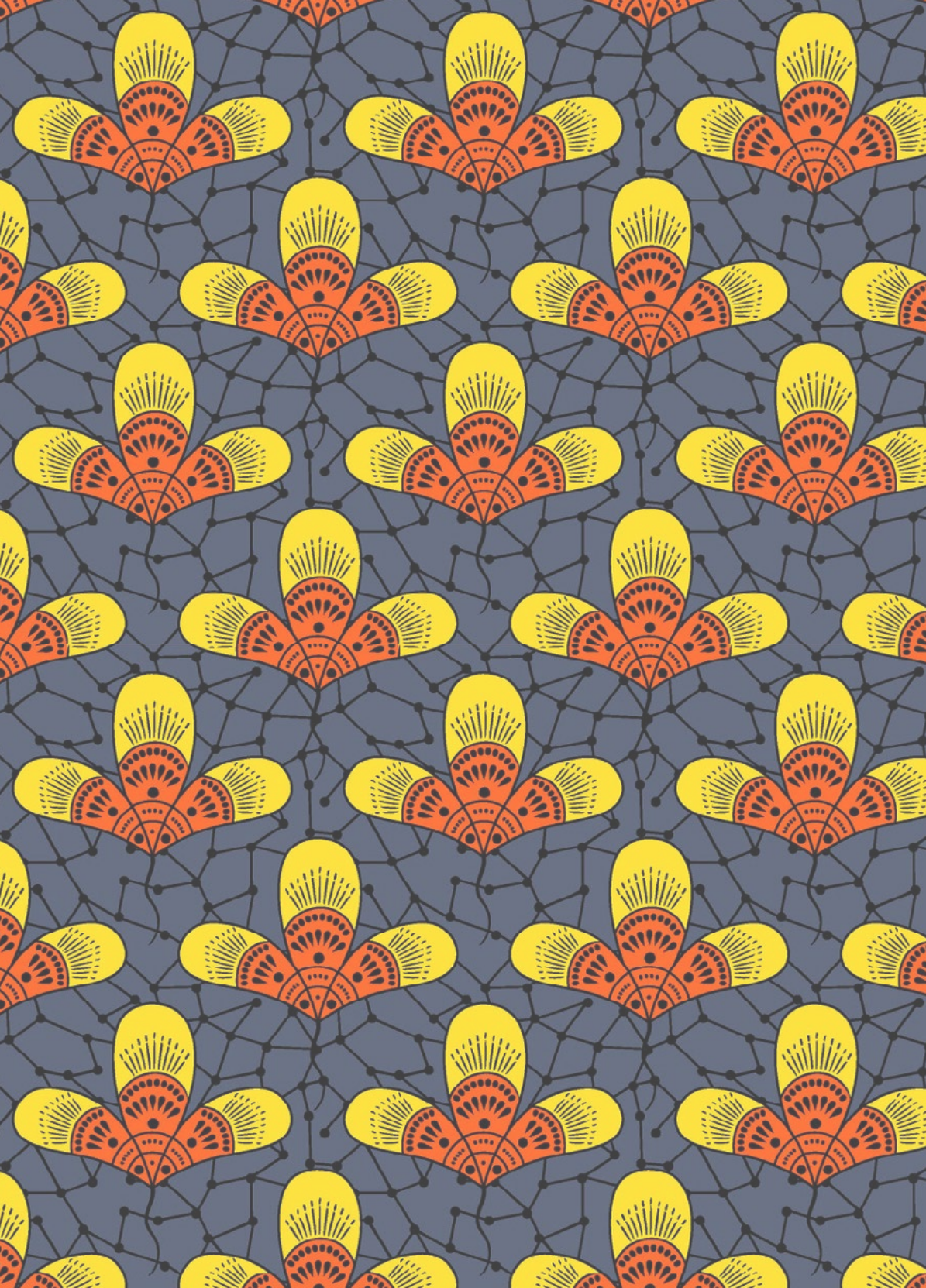
Ángeles Jurado

Cavilaba sin cesar sobre el paso del tiempo, nublado el entendimiento por el hambre de una juventud que se le escapaba entre los dedos. Hasta que la invitaron a aquel aquelarre en una playa de Zanzíbar.

Allí conoció a Jane, una belleza milenaria de cutis terso y sin mácula, que le confió en secreto un remedio infalible para el envejecimiento. De la emoción y la prisa, olvidó términos del encantamiento mientras se apresuraba a volar de vuelta a casa, espoleando sin piedad su mísera Roomba falsa.

Ocultaba un arcón repleto de guineas de oro bajo la vitrocerámica, custodiado por un minúsculo dragón de ojos opalinos. Casi a medio aterrizar, despertó a la bestezueta de malos modos, volteó la varita en el aire hasta recuperar su tesoro y se hizo hueco en el cubículo de teca, desalojando monedas a brazadas para luego sepultarse con ellas.

Antes de ordenar a la criatura que concentrara el aliento sulfuroso en ella, se imaginó habitando una nueva piel dorada, hermosa como Charlize Theron en una Navidad eterna. El espejo parlante se quejaría después, amargo, de que no llegó a disuadirla de su empeño con la profética visión de un sarcófago nubio, delicadamente salpicado de gemas.



Firma invitada
Chema Caballero



(Castuera, Badajoz): Viaja por África, lee sus literaturas, escucha sus músicas, bebe sus cervezas. Trabaja por la Justicia, la Paz y la defensa de los derechos humanos. Le puedes leer en Mundo Negro y la sección Planeta Futuro de El País, pero no, no se reconoce como periodista ni escritor, «como mucho escritor».

«La literatura es una forma de entender el mundo y de acercar culturas, especialmente para conocer la realidad africana más allá de los tópicos. No es solo entretenimiento: es conocimiento, empatía y cambio de perspectiva».

Una cerveza a orillas del Níger

Chema Caballero

El sol caía lento sobre el río Níger, tiñendo el agua de cobre y sombras largas. Yo sostenía una cerveza mientras el aire traía olor a barro húmedo y leña. El camarero, con media sonrisa y gesto serio a la vez, me había advertido: «Cuidado con los hipopótamos. A veces salen sin avisar».

Miré el río con atención. Nada. Solo niños que saltaban desde unas rocas, mujeres inclinadas sobre la orilla golpeando la ropa contra las piedras, un pescador desenredando pacientemente su red y pájaros cruzando el cielo. El agua parecía mansa, casi domesticada por la rutina de la gran ciudad, que en este punto se transforma en un pequeño pueblo ancestral, ajeno al tráfico caótico, el ruido y las luces del centro. Pensé que tal vez era una de esas bromas que se reservan para los viajeros, una forma amable de sembrarles un poco de «misterio africano».

Di otro trago. Una garza levantó vuelo. El camarero seguía observando el agua, no a mí. Su quietud empezó a inquietarme más que sus palabras.

Entonces ocurrió.

No fue un rugido ni una explosión, sino un desplazamiento sutil: el río, en un punto cercano a los niños, se abombó como si respirara. Un segundo después, dos ojos redondos emergieron, separados por una frente enorme y gris. No hubo dramatismo, solo presencia. Antigua, pesada, indiscutible.

Los niños dejaron de gritar y, sin pánico, nadaron hacia la orilla con la naturalidad de quien reconoce a un vecino peligroso. Las mujeres recogieron la ropa mojada. Nadie corrió. Nadie gritó. El pueblo estaba acostumbrado.

El hipopótamo avanzó unos metros, resopló como un motor viejo y volvió a hundirse, dejando círculos perfectos que tardaron en deshacerse.

El camarero me miró por fin.

—No siempre se dejan ver —dijo.

Yo asentí, ya sin ganas de reírme de la advertencia. La cerveza sabía distinta. El río también.



Selección de microrrelatos

Ya camina

Cristina Segovia Barberán (España)

Pasé mis últimos meses en Larabanga viendo una barriga crecer. Dándole caricias suaves con cada sol, apreciando el cambio, siempre a más grande, como el fruto que se hincha en su rama. Al principio yo solo era una breni, una blanca. Una figura tan láctea que hacía llorar a los niños. Una forastera. Después, empecé a enseñar en la escuela y a vender cacahuètes. Los rincones de África pertenecen a las vendedoras ambulantes, a esas mujeres que cargan peso en la cabeza, hijos en la espalda y caminan sin cesar, trazando caminos de hormiga, cauces de ríos. Yo, en realidad, no llevaba bebé ni apenas peso, pero así es como dejé de ser breni para asumir mi nombre propio y convertirme en konsumagbele, vendedora de cacahuètes. El tiempo pasaba como pasa en las aldeas, mirando al cielo, deseando la lluvia, huyendo del sol. Y viendo la barriga crecer. Yo contaba los días que quedaban para irme -una forastera siempre se va-. Y el bebé que se agarraba a las entrañas mientras la mamá me aseguraba con ternura: «saldrá». Mi impaciencia pochaba el mango, desplumaba la gallina, me despertaba temprano. Pero la mamá tenía razón, salió. Salió al alba, la misma mañana que yo me iba. Nos dimos el relevo. Él llegó, yo marché tranquila. Pasaron un par de años, mi cabeza siempre en el Sur. Cuando volví, busqué a la madre. La encontré junto al fogón. Y apareció detrás de ella una figurita vestida de color. «¿Te acuerdas?», me dijo sonriendo, «ya camina».

Pan con manteca

Kinga Antonina Eysturland (Polonia)

Traducción de Ramsés Cabrera

¿Sabes qué se necesita para ser polaco en Polonia? No hace falta nacer aquí, ni dominar el idioma, ni llevar un apellido polaco. Solo hay que ser blanco. Tal vez por eso, durante 25 años, me he sentido extranjera en el país que llamo hogar. Conozco de memoria cada verso del himno polaco, pero eso no pesa. Mi ADN procede de Zambia, no de las orillas del Vístula. Marzena es mi nombre, un intento de mis padres por anclarme a una identidad polaca. Pero ha terminado siendo una condena: provoca desconcierto allá donde voy. Como ocurrió la semana pasada en un restaurante de pierogi:

—¿Tienes reserva? —me preguntó el camarero en inglés.

—Sí —contesté en polaco.

—¿A nombre de quién?

—Marzena.

La expresión de desconcierto que me dedicó era la que ya conocía. Otra vez, en la oficina municipal, la funcionaria me pidió el visado en lugar del DNI. En la biblioteca, alguien «me felicitó» por lo bien que hablaba polaco. En el instituto, un compañero me preguntó si Marzena era mi nombre «real», como esos asiáticos que —según él— se inventan nombres occidentales. Mis padres tenían buenas intenciones: querían dejar claro que soy de aquí. Pero ya se sabe adónde llevan las buenas intenciones. A veces fantaseo con Londres o Nueva York, donde nadie cuestionaría mi nombre ni me obligaría a defender mi identidad polaca. Quizá allí me sentiría en casa... al abandonar la mía. Ayer, en el banco, un empleado miró mi documento de identidad y comentó:

—Vaya, qué nombre tan polaco tienes.

—Tan polaco como el pan con manteca —le contesté.

Al llegar a casa, me comí un trozo de pan con manteca por pura ironía. Me supo raro, más que nunca. Quizá habría tenido que acompañarlo con vodka.

Bread with lard

Kinga Antonina Eysturland (Polonia)

Do you know what it takes to be Polish in Poland? You don't need to be born here, speak the language, or have a Polish name. You just need to be white. That's why, for 25 years, I've felt like a stranger in the country I call home. I know every verse of the Polish anthem, but it doesn't matter. My DNA traces back to Zambia, not the Vistula. My name is Marzena — a gift from my parents to cement my Polishness. But it's more of a curse, sparking confusion wherever I go. Like last week at a pierogi restaurant:

«Do you have a reservation?» the host asked in English.

«Yes,» I replied in Polish.

«At what name?»

«Marzena.»

The bewildered look I got is one I've come to expect. Another time, at the municipal office, the woman at the desk asked for my visa instead of ID card. At the library, someone «complimented» my Polish. In high school, a classmate asked if Marzena was my «real» name, like Asians who «make up Western names.» My parents' intentions were noble: to show I'm a girl from here. But I guess that hell is paved with those. At times, I dream of London or New York, where my name wouldn't be questioned and my Polishness wouldn't need defending. Maybe I'd finally feel at home — by leaving home. Yesterday, a bank clerk stared at my ID and said, «Oh my, what a Polish name you have.» «As Polish as bread with lard,» I replied. At home, I ate bread with lard just for fun and for the sake of it. It tasted foreign—more than ever before. Maybe I should've washed it down with vodka.

Trenza de cuatro puntas

João Victor Nepomuceno de Oliveira (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

La niña pidió una trenza con un lazo morado, como la de la chica de la telenovela.

La abuela detuvo el peine en el aire. Miró lentamente.

- Trenza no es sólo pelo -dijo-.

- Es habla. Es camino. Es escudo.

La niña frunció el ceño, pero no insistió.

Se sentó en el taburete de madera. Callada.

La abuela dividió los cabellos con los dedos desgastados por el maíz y el tiempo.

Separó en cuatro partes.

Las trenzó una a una, en silencio.

- Cuatro puntas - murmuró.

- Coraje, cuidado, camino y casa.

La niña quiso preguntar qué era «casa», pero se calló.

Las manos de la abuela tiraban con firmeza, del cuero al tiempo.

Con cada nudo, dejaba una advertencia. Un secreto. Una bendición.

En el colegio se reían.

Decían que eran cosas de montunos.

Cuando el cielo se oscureció y vino el vendaval,

gracias a la trenza ató su cuaderno,

sujetó el pelo de su amiga

y aguantó la puerta del salón.

Por la noche, en casa, se tumbó en el regazo de la abuela.

- ¿Qué tal? - preguntó ella.

- ¿Has echado de menos el lazo morado?

Trança de quatro pontas

João Victor Nepomuceno de Oliveira (Brasil)

A menina pediu uma trança com fita roxa, como a da moça da novela.

A avó parou o pente no ar. Olhou devagar.

— Trança não é só cabelo — disse.

— É fala. É caminho. É escudo.

A menina franziu o rosto, mas não insistiu.

Sentou no banquinho de madeira. Calou.

A avó dividiu os fios com dedos gastos de milho e tempo.

Separou em quatro partes.

Trançou uma a uma, em silêncio.

— Quatro pontas — murmurou.

— Coragem, cuidado, caminho e casa.

A menina quis perguntar o que era «casa», mas ficou quieta.

As mãos da avó puxavam firme — do couro ao tempo.

Com cada nó, deixava um aviso. Um segredo. Uma bênção.

Na escola, riram.

Disseram que era coisa de mato.

Quando o céu escureceu e veio a ventania,

foi com a trança que amarrou o caderno,

segurou o cabelo da amiga

e prendeu a porta da sala.

À noite, em casa, deitou no colo da avó.

— E aí? — ela perguntou.

— A fita roxa fez falta?

A menina balançou a cabeça.

E, pela primeira vez,

entendeu o que era casa.

Las manos de Mbalmayo

Nieves Soriano Nieto (España)

Sofía no entendía por qué su madre había vuelto a Camerún para morir. La casa de Mbalmayo olía a vinagre de mango y tierra mojada, y en las paredes colgaban máscaras bamileké que la miraban como si supieran su secreto: había llegado solo por la herencia, no por el duelo. Fue Ngoe, la tejedora del pueblo, quien la desafió. «Tu sangre es mitad de aquí», le dijo señalando sus muñecas delgadas, «pero tus manos no saben trabajar». Le entregó una aguja de hueso y un ovillo de fibra de rafia. «Tejerás una ndop o el espíritu de tu madre no descansará». Las primeras puntadas le dejaron los dedos ampollados. Sofía maldecía el calor y los mosquitos, hasta que una tarde, mientras hilaba junto al río Nyong, escuchó a unas niñas cantar en bulu. Algo se quebró dentro de ella. Comenzó a visitar a los ancianos. Aprendió que los dibujos de la ndop contaban historias: espirales para los viajes, líneas rojas para el dolor callado. Tejió el exilio de su madre en España, su tos nocturna en hospitales de Madrid, y las cartas sin abrir que ella había enviado a Mbalmayo. El día que terminó la tela, Ngoe la llevó a la ceiba sagrada. «Ahora entiendes», murmuró. Sofía colgó la ndop entre las raíces del árbol, donde la lluvia y el sol borrarían los símbolos. Al regresar a casa encendió la lámpara de aceite de su madre. En Madrid, años después, guardó la aguja de hueso en su estudio de moda. Sus diseños, llenos de espirales y rojos vibrantes, llevaban un nombre en ewondo: Mbamba («raíces»).

La moneda de Tiagbare

Isabel Casademunt Triay (España)

El sonido del tranvía se mezcla con el ajetreo de la ciudad de París, pero él sigue caminando, con el peso familiar en el bolsillo. La moneda. De vez en cuando la toca, como un gesto involuntario, como si fuera parte de él. Es vieja, desgastada, casi sin brillo. La consiguió en su primer día de trabajo, en el mercado de su pueblo, Tiagba, el lugar donde su madre le enseñó que el dinero era solo un medio para algo más grande. Cada vez que la toca, el calor del sol africano lo rodea. Puede oír a los niños corriendo por las calles polvorientas, los murmullos de las mujeres vendiendo frutas y las risas de su hermano pequeño mientras jugaba con las cabras. La ciudad europea le parece fría, pero la moneda lo conecta a esa calidez, a la vida simple de antes. Recuerda los abrazos de su madre al despedirse, las palabras de su padre, siempre sabias, que lo prepararon para salir. El primer día en la ciudad estuvo lleno de incertidumbre, pero esa moneda en su bolsillo lo mantuvo anclado a su tierra, como si algo de su hogar lo acompañara. Él sigue caminando, pero por un momento, la prisa se detiene. Toca la moneda una vez más, dejando que su mente se deslice hacia el sur. Un suspiro. Y cuando la moneda vuelve al bolsillo, la ciudad lo engulle de nuevo, pero su origen sigue allí, invisible, latente, como un peso pequeño que nunca se olvida.

Entretelas

Alejandra Walzer (España)

Caminan temprano. Van al mercado.

Filas de mujeres,

una tras otra,

tras otra,

tras otra.

Van. Llevan el bebé a las espaldas y sobre la cabeza, la carga.

Erguidas, elegantes sin buscarlo, fuertes a la fuerza. Llevan un barreño, un atado de tela, una bandeja de aluminio o una bolsa de plástico. Llevan su carga al camino, su mercancía al mercado. Llevan.

Van envueltas en paños de colores. Uno grande se enrosca a la cintura, otro envuelve el peinado y el último para portear al bebé.

Poco a poco hacen el día, sentadas, trenzándose entre ellas, esperando en silencio, conversando, acompañando la risa con una palmada, dormitando de a ratitos, la cabeza apoyada en un brazo. Y cada vez que venden algo, los billetes, varias veces doblados, las monedas, bien sumadas, desaparecen por las entretelas, anudadas en nudos discretos al filo de la falda, en la ropa interior, en el lazo que envuelve la cabellera, bajo el mantel en el que exponen las frutas, en el fondo del cuenco de tomates, bajo la esterilla, y quién sabe dónde más. Sus dedos rápidos no dejan ver desde dónde se abrió o se volvió a cerrar el nudo que como un puño abraza la ganancia y la cuida.

Por proteger lo suyo, lo han vuelto invisible.

Aprietan contra su cuerpo algunos sueños que sólo ellas se atreven a soñar: la escuela para la hija, una mejora del negocio, un medicamento, una visita a la aldea de su madre. Cuando al atardecer vuelvan a casa, aún irán al pozo, a por agua. La cargarán sobre su cuerpo.

Las voces del agua

Bianca Ionita (Rumanía)

Las voces del agua El pozo siempre ha estado ahí.

Antes de mí. Antes de mi madre. Antes de la madre de mi madre. Antes de que los nombres tuvieran dueño. Es un hueco oscuro en la tierra, rodeado de piedras lisas que la lluvia ha ido suavizando con los años. La cuerda del balde es vieja, deshilachada por los dedos de generaciones. No hay nada más pesado que el agua que ha esperado demasiado tiempo en el fondo de un pozo.

Mi abuela decía que el agua recuerda.

El primer día que me dejó beber de ese pozo tenía siete años. Era el agua de los ancestros, dijo. Lo dijo como quien enuncia un hecho, sin temor, sin grandilocuencia. La mañana estaba llena de sol, pero el agua estaba fría, como si viniera de otro tiempo. Me puso el cuenco de calabaza entre las manos y esperó a que bebiera.

—Despacio —me dijo—. Escucha.

No entendí qué quería decir. Pero cuando el agua tocó mi lengua, sentí algo.

Un escalofrío, un murmullo. Como si alguien hablara muy lejos, en un idioma que mi boca nunca había pronunciado pero que mis huesos sí conocían.

Intenté soltar el cuenco, pero su mano áspera me lo sostuvo.

—Escucha —repitió—. Son los que vinieron antes.

Cerré los ojos.

La voz de un niño riendo.

El canto de una mujer.

Un susurro sin aliento.

Alguien lloraba en la distancia.

Mi propio nombre, dicho con un acento que nunca había oído.

Solté el cuenco.

El agua salpicó la tierra seca.

Mi abuela suspiró. —El agua no olvida. Esa noche soñé con ellos.

Los que ya no estaban, los que me habían llamado. Eran.

Raíces

Vanesa Proaño Puerta (España)

Ha pasado una semana. Fue el lunes cuando tuve la ocurrencia de investigar mis raíces y planté mi árbol genealógico. No tardó mucho en germinar. La primera ramita asomó con mi abuela sentada en ella. Tenía unos briwats salados y crujientes que me ofreció diciendo que estaba muy delgaducha. Luego, de una rama algo torcida surgió mi bisabuelo Kwaku, un comerciante de Accra que me vendió unas preciosas y coloridas telas kente. Desde unas ramitas lejanas, me saludó mi primo segundo Akli, un guía de la caravana de sal de Taoudenni cuyo camello mordisqueaba indolente las hojas de la rama de mi tatarabuela Lesego, una hábil cestería de Botsuana. La mujer, molesta por la amenaza del animal a su rama y su pertenencia a nuestra familia, le arreó sin miramientos con una de sus canastas. Siguieron surgiendo ramas y familiares hasta alcanzar la copa, donde apareció nuestro primer antepasado: Said, un guardaparques de Tanzania que, para sorpresa de todos, no venía solo. Le seguía un leopardo que saltó a la rama del trastatarabuelo Chidi, un pescador de Níger que huyó despavorido a las ramas de unas tías abuelas de Mauritania que lucían en sus manos unos hermosos tatuajes de henna. Asustados por el rugido del felino, todos escalamos nuestro baobab familiar en busca del refugio de las alturas. Y aquí estamos, una semana después, debatiendo si podar nuestra rama primigenia, la de Said y la bestia, nos salvará a los demás o, por el contrario, condenará a toda la familia. Cuestión existencial.

Grafiti

David Villar Cembellín (España)

Todas las acciones de odio se parecen entre sí. Esta mañana ha aparecido una pintada en el Centro de Acogida de Inmigrantes: «NI NEGROS NI MOROS». Los vándalos han acompañado la frase con una esvástica.

—¿Empezamos? —pregunta Hassim.

—Cuanto antes —responde Nilay.

Los dos jóvenes comienzan a trabajar. Hassim se pone de hinojos para remover la mezcla de agua y cal. Nilay, por su parte, mira hacia la pared con ojos ensimismados.

—¿Sabes? —dice Hassim—. En Marruecos también hacía esto.

—¿Pintar paredes? —pregunta Nilay.

—Encalar —corrige Hassim—. No es lo mismo. No es dar color, es una labor de higiene. Donde hay cal no crecen bacterias ni hongos.

Y añade:

—Encalar es una forma de proteger.

A modo de respuesta, Nilay devuelve una sonrisa. Sus incisivos blancos destacan sobre su rostro tiznado. Los gestos de ambos jóvenes son precisos mientras mueven las brochas.

—No nos puede odiar todo el mundo —dice Nilay—. Ningún país puede odiar al completo.

—Supongo que tienes razón —accede Hassim.

Con trazos nerviosos, aceleran el ritmo para tapar las últimas imperfecciones, los últimos vestigios del desprecio. Insertan con fuerza las brochas en las hendiduras del muro por si la infección herpética del odio ha alcanzado los desconchados. Ambos contemplan la obra acabada con satisfacción. No queda huella del mensaje xenófobo. La pared brilla inmaculada.

—Aseguraste hace un rato que la cal es higiene—interviene Nilay—. Que sirve para limpiar.

—Sí —responde Hassim. —Eso hemos hecho.

Antes del verbo

Luana Marques (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Hablar sobre África me exige silencio

Antes de escribir una sola línea, tuve que sentarme con la boca cerrada y los oídos abiertos de par en par para así aprender lo mínimo. Descubrí que hay mundos enteros en el hiato de lo que sabía. Que el mapa que había aprendido era una ficción, un marco estrecho en demasía para tanto cielo y tanto suelo.

Soy blanca. Y eso pesó. Pesó en los dedos que vacilaban, en la culpa que acechaba cada frase, en el miedo a repetir -incluso sin querer- una historia de robo disfrazada de curiosidad.

Intenté escribir más de 100 textos antes de este; me tropecé con palabras que no eran mías. Borré. Reescribí. Hasta que comprendí que lo que cabía en mí era tal vez el eco, no la fuente en sí. Porque hay voces que no necesitan traducción, sino espacio.

Este texto es solo un borrador. Una petición de permiso. Un recordatorio de que mirar no es tomar y escuchar no es nombrar. Hablo para poder leerme a mí misma.

Si hay que hablar de África, que sea con el alma descalza y el verbo después del paso.

Antes do verbo

Luana Marques (Brasil)

Falar sobre a África me exige silêncio.

Antes de qualquer linha, precisei sentar com a boca fechada e o ouvido escancarado para então aprender o mínimo. Descobri que há mundos inteiros nos intervalos do sabia. Que o mapa que aprendi era uma ficção, uma moldura apertada demais pra tanto céu e tanto chão.

Sou branca. E isso pesou. Pesou nos dedos que hesitavam, na culpa que espreitava cada frase, no medo de repetir mesmo sem querer, uma história de roubo disfarçada de curiosidade.

Tentei escrever mais de 100 textos antes desse, tropecei em palavras que não eram minhas. Apaguei. Reescrevi. Até entender que talvez o que coubesse em mim fosse o eco, não a fonte em si. Porque há vozes que não precisam tradução, mas espaço.

Este texto é só um rascunho. Um pedido de licença. Um lembrete de que olhar não é tomar, e ouvir não é nomear. Falo para que eu mesma possa me ler.

Se é pra falar da África, que seja com a alma descalça e o verbo depois do passo.

El hombre que coleccionaba soles

Khishigbuyan Bolorchuluun (Mongolia)

Traducción Ramsés Cabrera

Alcanzó el límite del Sahel cargando una calabaza repleta de soles.

Algunos eran pequeños, apenas del tamaño de conchas de cauri, y todavía vibraban con las canciones de la cosecha del mijo. Otros ardían con la ira de los antepasados, lo bastante intensos como para iluminar un recinto durante siete noches. Los llevaba envueltos con cuidado, protegidos por tela kente y por el silencio.

En el puesto fronterizo cerca de Gossi, un soldado lo observó con recelo.

—¿Qué llevas ahí?

—Soles —contestó el hombre con calma.

—¿Soles? —rió el soldado—. ¿Ahora resulta que traes magia desde el norte?

El hombre se encogió los hombros.

—Recojo los que caen. De tambores olvidados. De pozos del desierto que se han secado. De la mirada de las madres abandonadas que ven marchar a sus hijos tras las ciudades.

El soldado no respondió. El viento harmattan le rozaba las mejillas.

—Coge uno —le dijo el hombre.

El soldado introdujo la mano con cuidado. Tocó un sol que palpitaba despacio, como un corazón ralentizado por la memoria. Al acercarlo, le llegaron el olor a humo de madera quemada, los ululatos, el sabor del ñame asado.

Retrocedió.

—Puedes pasar.

Más tarde, en Bamako, el hombre se sentó a la sombra de un neem y dejó un sol sobre la tierra roja. Los niños se acercaron, con los ojos abiertos de par en par. No hizo falta que les contara nada.

El sol titiló y ellos recordaron.

No con palabras..., sino con la calidez de un lugar que aún recordaba cómo se llamaban.

The Man Who Collected Suns

Khishigbuyan Bolorchuluun (Mongolia)

He arrived at the edge of the Sahel with a calabash full of suns.

Some were no larger than cowrie shells, still humming with songs sung during millet harvests. Others blazed with the fury of ancestors—bright enough to light a compound for seven nights. He carried them carefully, wrapped in kente cloth and silence.

At the border post near Gossi, a soldier squinted. «What is that in your hands?»

«Suns,» the man replied, calmly.

«Suns?» the soldier scoffed.

«You come from the north with magic now?»

The man shrugged. «I collect the ones that fall. From forgotten drums. From desert wells that no longer give water. From the gaze of mothers left behind when their sons chase cities.»

The soldier said nothing. The harmattan wind licked his cheeks.

«Choose one,» the man offered.

Cautiously, the soldier reached in. His fingers closed around a sun that pulsed gently—like a heartbeat slowed by memory. When he held it close, he could smell woodsmoke, hear ululation, taste roasted yam.

He stepped back.

«You may pass.»

Later, in Bamako, the man sat beneath a neem tree and placed a sun in the red dust. Children gathered around, wideeyed. He told no stories. He didn't need to.

The sun flickered, and they remembered.

Not with words.

But with the warmth of a place that still knew their names

La patria no cabe en una maleta

Manuel Esono Bika (Guinea Ecuatorial)

En el fondo de mi maleta hay un puñado de tierra. La tomé antes de irme, temblando, como quien arranca un trozo del alma. Marrón rojiza, áspera, con el mismo olor que tenía la infancia cuando llovía sobre los caminos de laterita. Desde entonces he cambiado de ciudad, de idioma, de rostro. Aquí todos tenemos papeles menos historia. Trabajamos con la espalda doblada y la lengua escondida. Mi nombre es Mamadou, pero me llaman «eh, tú negro». A veces río, otras sobrevivo, pero en los silencios largos siempre regreso: al mango caído, a la risa de mamá desde la cocina, al pozo donde aún vive la voz de mi abuela. Guardo documentos que dicen quién soy, pero ninguno dice de dónde vengo. Ni quién fui antes de que el exilio me desdibujara. En las noches acaricio esa tierra en la oscuridad. Me recuerda que pertenezco a un lugar que ya no existe. O tal vez sí, pero sin mí. Pensé en tirarla, como quien decide que ya no hay retorno. Pero no pude. Porque hay ausencias que se aceptan, y otras que uno cultiva como semillas de memoria. Y la mía... pesa exactamente lo que pesa esa tierra.

El día que los huesos respondieron

João Victor Nepomuceno de Oliveira (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

La mujer lanzó los huesos al suelo de tierra batida.

Los hombres se rieron: dijeron que eran cosas de vieja.

Ella ni siquiera pestañeó.

Se agachó y leyó el dibujo de los fragmentos como quien lee un mapa antiguo.

Los huesos formaban una cruz torcida y el viento enmudeció.

Señaló al hombre más joven y dijo:

- No te vayas.

Él sonrió, burlón.

- ¿Miedo a los huesos?

Y se fue.

Al día siguiente, el río se desbordó.

Trajeron cuerpos sobre sus espaldas.

Rostros cubiertos.

Silencio del tamaño del barro.

En la aldea, nadie hablaba.

Sólo la mujer volvió a coser.

Con hilo grueso, dedos firmes y ojos en el suelo.

Los niños preguntaban:

- ¿Lo sabía?

Ella sólo contestó al cabo de un rato:

- Los huesos avisan.

- Pero el hombre no escucha lo que no grita.

Esta vez cosió despacio.

Era tela para cubrir ausencia.

O dia em que os ossos responderam

João Victor Nepomuceno de Oliveira (Brasil)

A mulher jogou os ossos no chão batido.

Os homens riram: disseram que aquilo era coisa de velha.

Ela nem piscou.

Abaixou-se, leu o desenho dos cacos como quem lê um mapa antigo.

Os ossos formavam uma cruz torta, e o vento calou.

Ela apontou para o mais jovem e disse:

— Não vá.

Ele sorriu, desdenhou.

— Medo de osso?

E foi.

No dia seguinte, o rio transbordou.

Trouxeram corpos nas costas.

Rostos cobertos.

Silêncio do tamanho do barro.

Na aldeia, ninguém falava.

Só a mulher voltou a costurar.

Com linha grossa, dedos firmes e olhos no chão.

As crianças perguntaram:

— A senhora sabia?

Ela só respondeu depois de um tempo:

— Os ossos avisam.

— Só que homem não escuta o que não grita.

Dessa vez, costurava devagar.

Era pano para cobrir ausência.

El agua prohibida

Patricia Collazo González (España)

Caminábamos tras los pasos de mamá. El trayecto de ida era duro, el terreno escarpado y el calor agobiante, pero peor era el de regreso, cuando los recipientes que cargábamos iban llenos de agua, y no había que derramar ni una gota. A mamá el agua le preocupaba mucho. No permitía que la bebiéramos si no estábamos cien por ciento seguros de que provenía del Pozo Rojo. Ese sitio al que todos los días concurríamos con nuestros cacharros vacíos y en fila india todos los hermanos, detrás de mamá, que era quien marcaba el camino. Yo era el del medio, pero había sido el pequeño hasta que Anuar, Aliká y Ashia habían tenido edad suficiente como para andar y no ir colgados de la espalda de mamá. Así que de la primera posición en la fila había ido a ocupar la segunda, la tercera, la cuarta, y la tercera otra vez, cuando Ashia había muerto. La mañana en que Ashia no despertó, mamá la enterró bajo la palmera gris y con los ojos abiertos y empapados, ordenó que saliéramos a por agua como cada día. De regreso al anochecer papá no preguntó por Ashia. Solo miró con pena el montículo de tierra removida bajo la palmera gris y lo supo todo. Luego nos acarició la cabeza uno a uno, como pasando revista. Como asegurándose de que a ninguno más se nos ocurriría morir, y se fue a ayudar a mamá con el fuego que aquella noche no conseguía encender entre lágrimas. En silencio. Sin hablar del agua prohibida. Ni de Ashia. Ni de lo injusta que es la vida, si has nacido en mal lugar.

La grieta en la piel

Ester Lorente Peñalva (España)

Awa descubrió la primera grieta en su piel el día que olvidó cómo se decía «madre» en su lengua materna. Al principio,

pensó que era una arruga prematura, una línea fina en la muñeca. Pero con cada palabra perdida, aparecían más.

Cuando intentó recordar el nombre del árbol donde jugaba de niña, la grieta subió por su brazo. Cuando no supo traducir el sabor de la sopa de su abuela, sintió cómo le arañaba el cuello.

Con los años, su piel se transformó en un mapa roto. Un día, su hija le preguntó cómo se decía «hogar» en su idioma. Awa abrió la boca, pero solo salió silencio. Entonces, su hija tomó su mano, trazó con los dedos las grietas y dijo en voz baja:

«Hogar es donde la piel recuerda.»

Y esa noche, por primera vez en años, Awa soñó en su lengua materna.

Raíces en Exilio

Ostie Jospin Mbita (Camerún)

Traducción de Ramsés Cabrera

Ayo llegó a París con la esperanza de empezar de nuevo. Su cuerpo conservaba las cicatrices de una tradición que su madre y su abuela habían vivido como un rito de paso: la mutilación genital. En su aldea, aquella práctica simbolizaba la feminidad; en la ciudad, en cambio, las marcas quedaban ocultas bajo la ropa, invisibles para quienes la rodeaban.

La libertad de Occidente la desconcertaba. Allí, las mujeres hablaban de autonomía y de derechos, pero Ayo no lograba acallar las voces de su madre y de su abuela, ni borrar sus miradas cargadas de amor y sacrificio. Nunca habían cuestionado la tradición: estaban convencidas de que era lo correcto. Sin embargo, lejos de su tierra, Ayo empezó a preguntarse: ¿acaso era posible ser mujer sin cargar con ese dolor?

En las noches solitarias, bajo las luces de París, luchaba por reconciliar su pasado con su futuro. Sentía que el eco de su abuela seguía llamándola desde África, mientras el viento frío de Europa le ofrecía una libertad desconocida. En su corazón, las raíces de su cultura permanecían firmes, pero las alas de su alma ansiaban volar hacia un futuro en el que pudiera definir su identidad sin las cadenas del pasado.

Ser mujer no era solo aquello que le habían impuesto, sino también aquello que podía elegir ser.

Racines en Exil

Ostie Jospin Mbita (Camerún)

Ayo est arrivée à Paris avec l'espoir de commencer une nouvelle vie. Son corps portait les cicatrices d'une tradition que sa mère et sa grand-mère considéraient comme un rite de passage : la mutilation génitale. Dans son village, cette pratique était un symbole de féminité, mais dans cette nouvelle ville, les cicatrices étaient cachées sous ses vêtements, invisibles aux yeux de ceux qui l'entouraient.

La liberté de l'Occident la perturbait. Là-bas, les femmes parlaient d'autonomie et de droits, mais Ayo ne pouvait pas oublier les voix de sa mère et de sa grand-mère, leurs yeux remplis d'amour et de sacrifice. Elles n'avaient jamais remis en question la tradition, elles pensaient que c'était la bonne chose à faire. Mais Ayo, loin de sa terre, commença à se demander : était-il possible d'être une femme sans porter cette douleur ?

Les nuits solitaires, sous les lumières de Paris, elle luttait pour réconcilier son passé et son futur. Elle sentait que l'écho de sa grand-mère l'appelait encore depuis l'Afrique, tandis que le vent froid de l'Europe lui offrait une liberté inconnue. Dans son coeur, les racines de sa culture restaient fermes, mais les ailes de son âme aspiraient à voler vers un avenir où elle pourrait définir son identité sans les chaînes du passé.

Être une femme n'était pas seulement ce qu'on lui avait imposé, mais aussi ce qu'elle pouvait choisir d'être.

Bestia Sagrada

Joanna Kenit Huertas Parrales (Perú)

Vasto, infinito. Escuché que así era el universo. Confié en que cada día la hierba brotaría bajo mis pasos y que el sol siempre encontraría mi piel. ¿Y mi tribu? Fuertes, invencibles, nuestros cuerpos eran templos de hueso y marfil. Pero un día llegaron los truenos sin lluvia. Y después, el silencio. El polvo cubrió las tierras donde una vez corrimos sin miedo. El agua se volvió esquiva, como un fantasma. Vi cómo los grandes reyes de mi sangre caían, no por la fatiga ni el tiempo, sino por el ansia de otros. Vi nuestro esplendor convertido en condena, como un faro brillante que atrae la tormenta. Vi sus cuerpos abiertos en la tierra, la vida escapando de ellos como el viento en la estepa. Entonces vinieron los hombres con sus manos suaves y sus ojos pesados. Me rodearon, me señalaron, escribieron sobre mí en lenguas que no entiendo. No traían lanzas ni fuego, sino algo peor: la tristeza de los que llegan demasiado tarde. Recuerdo el peso de otros cuerpos a mi lado, el calor de su aliento. Cierro los ojos y escucho. Es el crujido de la tierra bajo un centenar de pasos. Ahora solo queda el mío. Lejos, en la brisa, hay un tambor apagado, una canción que se desvanece. Pienso en otros tiempos, en otras tierras. En aquellos que fueron arrancados de su hogar y nunca volvieron. En los que dejaron de caminar bajo el mismo sol que me mira ahora. Dicen que la historia nunca olvida. Pero la tierra sí. Y pronto, yo también.

Napore

María Pino García Miranda (España)

Soy huérfana y viuda de napore, la lengua en la que aprendí a nombrar los caracoles, el cielo y las manos de mi madre.

Lejos de Uganda busco en los grandes comedores sociales de Manchester alguien con quien compartir la alegría de saludar a la luna o de despedir a las nubes. Ya son 32 los años que busco y espero. He conocido aquí a muchos compatriotas, pero ningún hablante de napore. Mi familia emigró ya hace mucho tiempo y, al igual que las amistades de mi región, ya nadie lo habla de tanto olvidarlo. En mi casa, a mi hermosa costilla de adán, a mis orquídeas y helechas las piropeo en napore. Siento que se alegran, a ellas el inglés tampoco les gusta. Me consuela que todavía mi vecina, una

señora inglesa muy mayor, me responda los buenos días que le ofrezco en napore con una cómplice sonrisa, es un secreto entre nosotras que nos une hace décadas. Un día soñé que en la panadería del barrio la gente hablaba en napore, me desperté llorando desconsoladamente. Solo me queda cantar, para mantenerlo vivo, las canciones que entonábamos para despedir a los muertos. ¡Pobre Napore! Pronto será un muerto que canta a otros muertos.

Estado del bienestar

Victor Valdesueiro Bernabe (España)

Desde que llegó al llamado primer mundo, su existencia se volvió más sencilla y placentera. Ya no tenía que preocuparse por la escasez de alimentos o por la falta de agua; tampoco debía permanecer en constante alerta ante la amenaza de grupos rivales que pudieran invadir su territorio y poner en peligro a su familia. Y sin embargo, cada atardecer, una profunda melancolía inunda su corazón. Contempla la puesta de sol, —el mismo sol inmenso y majestuoso que se ocultaba sobre la vasta sabana—, y algo dentro de él se estremece. Sigue enamorado de aquella tierra salvaje y mágica, viva y resiliente, donde cada día la moneda volaba por el cielo alternando la cara y la cruz; la subsistencia o la muerte. Extraña a los macacos entre las ramas del baobab, las risas de las hienas y las grandes manadas de ñus, cebras o gráciles impalas que, como bailarinas de ballet, corrían apenas rozando el rojizo suelo. A veces las presiente. Las escucha en sueños. Incluso, cuando el viento sopla en cierta dirección percibe su aroma, cercano, casi al alcance. Pero es incapaz de verlas. Otras veces, en cambio, el aire solo huele a asfalto caliente y a humo de motores. La gente lo contempla con curiosidad, algunos con temor, otros con asombro. Si se estira o bosteza enseñando sus afilados colmillos, decenas de teléfonos móviles se alzan para inmortalizan el momento. Sigue siendo el rey, no cabe duda. Pero ahora reina en el exilio, confinado tras los barrotes de un zoológico de la capital.

Chiteine Changa (Sr. Wrapper)

Lindsay Katchika-Jere (Malawi)

Traducción de Ramsés Cabrera

La nieve cubría la mañana en un manto de silencio. Mis botas se hundían a cada paso mientras empujaba el cochecito. Olivia iba bien arropada, con las mejillas rosadas como guayabas maduras. Llevaba dos meses en el Reino Unido y el frío seguía calándome despacio, sin hacer ruido, hasta los huesos.

Al llegar al parque, estalló en llanto. Agudo. Inesperado. Mecí el cochecito y canturreé «Gona mwana...», como hacía mi ama bajo los mangos de Mzimba. Pero el viento arrancó la canción del aire. El llanto creció.

Me incliné sobre ella. El abrigo se había abierto. El frío ya estaba dentro.

Sin pensar, saqué el *chitenje*. Suave, gastado, azul, con peces dorados. Mi madre lo había deslizado en mi bolso en el aeropuerto. —*Udzachifunatu* —me dijo—. Lo vas a necesitar.

Envolví a Olivia con cuidado. Su llanto se fue apagando. Luego cesó. Me miró, respiró hondo y se durmió.

Más tarde, la señora Finch frunció el ceño.

—¿Qué es eso?

—Mi *chitenje* —le contesté—. Viene de Malawi.

Me sostuvo la mirada.

—No creía que una tela pudiera tranquilizarla.

—No es solo una tela —le dije en voz baja—. Huele a protección. A calor recordado.

No respondió. Pero al día siguiente me pidió que le enseñara a envolverlo.

Y así, casi sin darnos cuenta, el frío dejó de doler.

No por la temperatura..., sino por el hogar.

Chiteine Changa (Mr. Wrapper)

Lindsay Katchika-Jere (Malawi)

Snow smothered the morning in silence. My boots sank with every step as I pushed the stroller, little Olivia bundled tight, cheeks pink as guavas. Two months in the UK, and the cold still punished me—quiet, bone-deep.

At the park gate, she erupted into tears. Sharp. Sudden. I rocked the stroller, humming «Gona mwana...» like my ama once did under mango trees in Mzimba. But the wind stole the lullaby. She wailed louder.

I bent low. Her coat had slipped open. The cold had found her.

Without thinking, I pulled out my chitenje—soft, faded, blue with golden fish. My mother had tucked it into my bag at the airport. «Udzachifunatu,» she'd said. «You'll need it.»

I wrapped Olivia gently. Her cries slowed. Then stopped. She blinked up at me, breathing deep, then slept.

Later, Mrs. Finch frowned. «What is that?»

«My chitenje,» I said. «From Malawi.»

She stared. «I didn't think cloth could calm her.»

«It's not just cloth,» I whispered. «It smells like safety. It remembers warmth.»

She said nothing. But the next day, she asked me to teach her to wrap it.

And just like that, the cold loosened.

Not because of heat.

But because of home.

Sueña Mintata

María Pino García Miranda (España)

De niña, soñó Mintata que Mauritania era una tortuga pequeña de ojos cansados. La vio mientras barría la amplia alcoba de sus amos, junto a la pata de una cómoda. Mintata se agachó para verla de cerca y la tortuga le habló, pero su voz sonaba tan baja que no lograba entenderla. La noche de su boda Mintata volvió a soñar con Mauritania. Esta vez tenía forma de una preciosa balanza de cobre. Quiso pesar un puñado de azúcar, pero la balanza estaba muy desajustada. La desarmó completamente y cuando la volvió a armar, ésta, por arte de sueño, se deshizo entre sus manos. Cuando nació su cuarto hijo, Mauritania volvió a visitarla en sueños. Ahora era un Tidinit, el laúd que tocaba su abuelo. Quiso arpeggiar una melodía, pero sus cuerdas se habían vuelto mudas. Se las quitó y con ellas amarró una cabra rebelde que no dejaba hierbabuena viva. La misma noche que un incendio le robara sus cabras, Mintata soñó con una anciana. Era robusta y con un brillo magnético en su mirada. Desde un frondoso oasis la llamaba a su lado. Mintata se acercó a recostarse junto a ella y le preguntó su nombre: – Mauritania. - Respondió sonoramente, mientras dejaba una pequeña tortuga parlanchina que sostenía entre sus manos sobre el platillo de una balanza de cobre. – Me gusta siempre comprobar que funciona, – comentó la anciana señalando la balanza. Una sensual melodía de laúd llegaba a sus oídos y Mintata cerró los ojos. Se quedó dormida en su propio sueño.

La Promesa del Baobab

Najoua Benhamou Charkaoui (España)

En mitad del Sahel, el viejo Adama se apoyaba en su bastón de ébano mientras señalaba un baobab milenario.

—Cuando yo muera, prométeme que plantarás otro árbol junto a este —le dijo a su nieta, Mariam.

La niña, de apenas diez años, frunció el ceño.

—¿Por qué plantar otro si este ya es tan grande?

Adama sonrió, mirando el horizonte teñido de polvo y ocre.

—Porque este árbol guarda nuestras historias. Creció cuando tu bisabuelo encontró agua en el desierto y fue aquí donde tu abuela me dijo que sí al casarnos. Cada árbol nuevo es una promesa de que la memoria nunca se perderá.

Años después, Mariam cumplió la promesa, enterrando una pequeña semilla junto al baobab mientras el eco de las historias de Adama resonaba en su memoria. A medida que el nuevo árbol crecía, también lo hacían las raíces de una África viva en los recuerdos de su gente

Vudú

Lil Fernández Osorio (México)

Lola quería tener un bebé de verdad, como su hermanito. —Primero debes tener dentro la semilla —le susurraron los espíritus. Lola le pidió a su abuelo que tallara un diminuto muñeco de hueso. En cuanto lo tuvo en sus manos, se lo tragó.

Escondiéndome de Baami

Oluwaseun Wende (Nigeria)

Traducción de Ramsés Cabrera

La cabeza me iba demasiado rápido y el estómago protestaba, gruñendo con tanta fuerza que parecía querer salirse del pecho, mientras yo me apretujaba en la rama incómoda del mango donde me había escondido. El delicioso aroma del àkàrà de Mama Tade, frito en aceite de palma, subía hasta el árbol y me hacía la boca agua mientras el estómago me volvía a rugir. Tenía un hambre atroz, pero había decidido resistir allí arriba, en aquel mango detrás de la casa de los Tade, hasta que pasara el castigo que me esperaba. Nada ni nadie iba a hacerme bajar del árbol.

Oía a la madre dando voces a sus hijos, ordenándoles que la ayudaran en el puesto de àkàrà frente a la casa. Si miraba con atención, veía a Bisi, la hermana mayor, removiéndolo con energía la masa de frijoles en un enorme cuenco negro. Pensé que quizá podría escabullirme hasta allí y...

—Yemi, baja de ese árbol ahora mismo.

Era mi madre. Me había encontrado. Quise preguntarle cómo lo había sabido, pero, al ver sus manos, se me cerró la garganta: llevaba un plato de àkàrà aún humeante de Ìyá Tade.

—Es hora de cenar, y tienes que comer. Oya, ven —dijo con una sonrisa.

—Pero Baami me castigará por romper el plato de porcelana.

Maami sonrió otra vez.

—Confía en mí. Esta noche solo tienes que preocuparte de comer y de recibir lo que te corresponde.

Mientras bajaba del árbol, pensé que quizá el castigo de Baami no sería tan terrible. Mi mente, con diez años recién cumplidos, estaba demasiado ocupada imaginando el crujido del àkàrà como para entender el doble sentido de sus palabras.

Hiding From Baami

Oluwaseun Wende (Nigeria)

My mind raced and my stomach grumbled, its complaints almost taking over my palpitating heart as I adjusted myself on the uncomfortable mango tree branch I was curled up on. Scents of Mama Tade's delicious palm oil àkàrà wafted towards me on the tree and my mouth salivated while my stomach made another sound. I was very hungry but I was determined to wait out my impending punishment on that mango tree behind Tade's family house. No one and nothing would get me down from that tree.

I could hear Tade's mother shout at her children as she directed them to help her with the àkàrà stall outside their home. If I strained just right enough, I could see Bisi, Tade's eldest sister, turning the beans batter with all vigour in a big black bowl. I wondered if I could sneak over there and...

«Yemi, come down from that tree this instant»

It was my mother. She had somehow found me. I wanted to ask her how she knew where I was but the question got lost in my throat as I saw her hands. She held a plate of steaming hot àkàrà from Ìyá Tade.

«It's supper time and you need to eat. Oya, come.» She smiled at me.

«But, Baami will punish me for breaking that China plate.»

Maami smiled again «Believe me, the only thing you need to worry about is getting this food and all you deserve tonight.»

Maybe Baami's punishment for me wouldn't be so bad, I thought, as I climbed down from the tree, crunchy àkàrà thoughts in my mind, while my 10-year-old brain ignored the double entendre in her words.

Legañas de perro

Segismundo Carmelo Ntutumu Ndong Efua (Guinea Ecuatorial)

Hace tiempo conocí a un hombre, que tenía un hijo, Nauj. EL hombre un día, le dijo a su hijo que en los ojos de los perros había poder, un poder para ver cosas fuera de lo normal. Durante años, se sabía por los ancestros que, al mezclar agua con legañas de un perro, se podía llegar a ver a los muertos, la otra dimensión, o cosas como esas. Así que, Nauj un día, decidió poner en práctica la teoría de su padre, para ver si, gracias a ella podía volverle a ver, ya que ése murió un mes después de su última charla en el bosque. Entonces, Nauj llamó a Lulu, su perro, y quitando legañas de los ojos de ese, las entremezcló con agua dentro de una palangana. Esperó a que atardeciera, y mientras, contemplaba los destellos vagos del sol que, a cada rato desaparecían tras los árboles. Al oscurecer, cogió esa agua y se frotó los ojos. Rato después, se veía cruzando con gente que había muerto en el pueblo, su padre incluido. Pero, asustado, se dirigió a la palangana de nuevo, solo que, el perro se había bebido el agua, ésa con la que debía volver a frotarse los ojos, para revertir el efecto. Frustrado y desesperado, empezó a escupir palabras sin sentido. Antes de enajenarse, lo último que vio fue a Lulu sobre él, haciendo el ademán de negar con la cabeza, para luego de eso, hablar y decirle, «si te hubiera dicho que no lo hicieras, no me habrías escuchado, y ahora que ladras por el horror de tus visiones, yo solo te puedo pedir callar, como lo hacías tú por las noches.

El diario

Adrián Gallardo Gómez (España)

Al fin, me acerqué a coger el viejo diario que había permanecido varios meses abandonado en el salón. Soplé el polvo y decidí echarle un vistazo, pero enseguida lo cerré. Miré por la ventana, meditando, mientras el ruido de la ciudad, la calima y un horizonte desértico parecían ser ajenos a mi desdicha. Echaba de menos a aquel tipo, y eso que solo compartió tres días de mi vida. Su petición de ayuda nos había embarcado en unas aventuras dignas de ser recordadas. Pero había olvidado su diario. Siempre sentí la necesidad de devolvérselo, pero otra parte de mí también quería leer aquellos trazos que narraban una vida más interesante que la que yo nunca tuve, en este continente seco, revuelto y al revés que el resto del mundo. Respiré hondo y lo abrí. Me sentía terriblemente mal, pero no paraba de leer. Aquello era muy entretenido y, finalmente, llegué al capítulo con más páginas de todos. No hablaba de turismo ni monumentos, sino de la gente. Hablaba de mí. Llegué a las últimas frases que apenas me dejaron leer las lágrimas que empapaban la hoja: «Espero que rellenes las páginas que le faltan. Gracias por convertir África en mi hogar, en todo aquello que creía olvidado. Me ha recordado al cariño de mi madre, a las viejas amistades, a la naturaleza innata de querer vivir la vida por encima de necesidades más banales. Hasta siempre, amigo». Seguidamente, cerré el diario con cuidado. Esbozando una sonrisa, miré por la ventana, y vi el mejor escenario del mundo.

Adaeze

María del Carmen Peñate Rodríguez (España)

Adaku pensó que por una vez había tenido suerte. Estaba sola. El dolor era insoportable, le hubiera gustado gritar muy fuerte, al sentir que se rompía por dentro pero ella estaba acostumbrada al dolor, al maltrato, a la humillación y a su triste soledad. Recientemente había cumplido los trece años, llevaba tres en el poblado junto al dueño de su vida, el que era su esposo. Recordó su viejo hogar, el cansado y triste rostro de sus padres en su despedida. No comprendía porque la habían vendido a aquel horrible hombre mayor. Ella era feliz allí, con su madre y sus pequeños hermanos a los que cuidaba con devoción, ellos eran su vida. Esta vez, además del dolor, era el miedo lo que la paralizaba, apretó fuertemente sus dientes a pesar de que le castañeaban sin control. Aguantó las contracciones en silencio y sintió que se moría cuando empujó con las pocas fuerzas que su débil cuerpecito le permitían. Había rezado mucho, hecho miles de promesas para que su hijo fuera varón. Nunca había tenido suerte, quizás esta vez sería distinto, confiaba plenamente en sus súplicas y oraciones. Cerró los ojos, cuando lo sintió entre sus delgados muslos y volvió a implorar con un sollozo silencioso. Pero una vez más, el destino se ensañaba con Adaku. La tomó entre sus brazos, la bañó con sus lágrimas y la bendijo. Le susurró dulcemente: «serás libre ángel mío. Mi querida Adaeze». La estrechó contra su pecho y no permitió que respirara el agrio y sofocante aire de su vieja choza.

El tambor y la palabra

Zahira El Mansouri El makhloufy (España)

Había una plaza en Dakar donde el mundo se encontraba. Las mañanas olían a café toubá, y las tardes, al incienso traído de Etiopía. Allí, bajo un flamboyán que incendiaba el cielo con sus flores rojas, Kadiatu y Sofía tejían historias con palabras y risas. Kadiatu, senegalesa, llegó a la plaza con un tambor atado a su espalda. Decía que su madre le enseñó que el ritmo era el corazón del mundo. Sofía, española, llevaba en sus manos un cuaderno de páginas gastadas, donde los versos se enredaban como raíces en busca de agua. Al principio, apenas se miraban. Sus lenguas, sus gestos, sus silencios, parecían un abismo. Un día, Kadiatu golpeó su tambor con fuerza, y Sofía, casi sin pensar, comenzó a recitar. Las palabras flotaron, los ritmos se entrelazaron, y el abismo desapareció. Alrededor, la plaza entera se detuvo a escuchar: una canción nueva nacía de sus raíces entrelazadas. Pronto, otros se unieron. Un joven de Ghana tocó su kora, mientras una mujer de Marruecos alzó su voz en árabe. Juntos, crearon un mosaico de sonidos, colores y sueños. La plaza dejó de ser solo un lugar; se convirtió en un puente, un espacio donde cada cultura encontraba su reflejo en la otra. Kadiatu y Sofía, ahora inseparables, entendieron que las diferencias no eran muros, sino caminos. Y mientras el tambor y los versos seguían tejiendo la música del encuentro, el flamboyán florecía más que nunca, como si el árbol supiera que, bajo su sombra, el mundo, por fin, bailaba unido.

Epidemia

Walmir Assunção Marques (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Tongas, bombas, lozís y muchos otros -porque no podemos reconocerlos a todos, quizá por agotamiento- lo hicieron muy bien, al menos en aquel cuadrante; en esa obra; en aquel patio; en esa ciudad. Se llevaban bien, al menos en ese instante que podría ser la espoleta de futuras fraternidades dispares. Arrastraban un enorme cable de acero para un edificio de ochenta plantas. Un cable ruidoso, como un reptil metálico reinando por el suelo. Pronto estaban bailando alrededor de la serpiente tintineante. Y pronto estaban tamborileando sobre cajas. Improvisaban canciones. Se desafiaron con poemas; reconfiguraron blues. Y daban palmas. Silbaban como en un río tibio o en una ducha caliente. Del vientre de este hierro -se catalogó más tarde- surgieron 320 canciones en la obra. Tras el episodio, a pesar de ser constructores milenarios, se prohibió a los pueblos africanos llevar cables de acero por todo el mundo, para contener estas nuevas epidemias, bautizadas con el acertado nombre de «San Vito modernas».

Para que los edificios y sus vértices que llenan los cielos, que sepultan los bosques, que multiplican lunas, no se demorasen más en su inevitable construcción.

Epidemia

Walmir Assunção Marques (Brasil)

Tongas, bembas, lozis e outros tantos – pois não se pode reconhecer todos, talvez por esgotamento de quem os reconhecesse – deram-se muito bem, ao menos naquele quadrante. Naquela obra. Naquele pátio; naquela cidade. Deram-se bem ao menos naquele instante que poderia ser o estopim de futuras fraternidades díspares. Arrastavam um enorme cabo de aço para um prédio de oitenta andares. Um cabo ruidoso, como um réptil metálico que reina pelo chão. Logo dançavam em torno da cobra que tilintava. E logo tamborilavam caixas. Improvisaram cantos. Desafiaram-se com poemas; reconfiguraram blues. E bateram palmas. Assoviavam como num rio morno ou chuveiro quente. Da barriga deste ferro, depois se catalogou: surgiram 320 canções no canteiro da obra. Após o episódio, apesar de construtores milenares, proibiram aos povos africanos que carregassem cabos de aço pelo mundo, no intuito de se conter estas novas epidemias, propiciamente batizadas de «São Vito modernas».

Para que os prédios e seus vértices que entulham céus; que soterram bosques; que multiplicam luas, não fossem mais postergados em sua construção incontornável.

El Secreto de Ngimbi

Francisco Castro Videla (Argentina)

Mi nombre es Ngimbi. Muchos piensan que estoy muerto por dentro, pero no saben que escucho a los dioses. Muchos me creen un idiota, pero no saben que puedo leer los patrones de viento y agua. Muchos ven a un inválido en silla de ruedas, silencio y parálisis, pero hay un universo del cual soy dueño y al cual ellos no tienen acceso. Incluso la enfermera, Angélique, cambia su voz cuando trata conmigo y reduce sus oraciones a las construcciones más simples. Todas las mañanas me pone sin cuidado en el porche del hospital y ni se entera que allí comulgo con los ancestros y veo a los simbi marchar más allá del velo que divide a los mundos. A veces mi madre me visita y no hace más que lamentarse por todo lo que he perdido, por todo lo que el accidente me ha quitado. Aunque han pasado años, apenas puede mirarme. Y es doloroso, porque me gustaría contarle todo lo que he ganado: que hablo con la sombra de mi padre; que camino con los creadores, con los espíritus de trueno y relámpago, con las diosas de la lluvia y la cosecha; que algo cambió cuando desperté fuera de la mina, luego de ser rescatado, y que ahora sé que no hay más que eternidad y que nada acaba ni comienza. Podría decirle a ella, y a Angélique, y a todos los pacientes, que los dioses están a centímetros de nosotros, que suspiran en su soledad, ¡que no hay más que extender el alma hacia ellos para recuperarlos y recuperarnos! Podría, pero piensan que estoy muerto por dentro, dicen «pobre Ngimbi» – ¡ay, pobres ellos!

Cuando la luna dejó de visitarnos

Ester Lorente Peñalva (España)

La luna dejó de aparecer sobre la aldea la misma noche en que el anciano Ndala murió. Al principio, nadie lo notó. Pero al segundo mes, el mar se volvió oscuro y los peces dejaron de acercarse a la costa. Las noches eran densas, interminables. «Tal vez la luna se ha olvidado de nosotros», susurraban las mujeres en el mercado. Solo Kalu, un niño de ojos inquietos, decidió buscar respuestas. Subió a la colina más alta y, con la voz temblorosa, le contó a la noche una historia. Le habló de la primera vez que su madre vio la luna reflejada en el agua. De cómo Ndala decía que la luna era el ojo de los ancestros, velando por ellos. El viento sopló con dulzura, y Kalu sintió que alguien lo escuchaba. A la mañana siguiente, los pescadores encontraron la orilla cubierta de peces plateados, como si las estrellas hubieran caído del cielo. Y aquella noche, la luna volvió, redonda y brillante, con el rostro de un anciano que sonreía.

Salvado por Rambo

Cecil Dzwowa (Zimbabue)

Traducción de Ramsés Cabrera

Nada más oír los ladridos profundos, supe que se trataba de Rambo, el gigantesco babuino solitario que rondaba el parque natural cercano. Se había ganado el apodo por sus incursiones temerarias en los cultivos y entre el ganado del pueblo. Estábamos todos cansados de él, pero no había mucho que hacer: la ley prohibía disparar a animales salvajes conflictivos. Con una honda en la mano, la única arma que podía usar sin problemas contra él, corrí hacia la higuera donde solía aparecer. Rambo, alerta como siempre, me detectó enseguida, pero no salió huyendo como yo esperaba. Continuó ladrando con furia, ignorándome por completo. Entonces, de repente, un leopardo joven irrumpió desde la espesura y echó a correr hacia el bosque, con Rambo persiguiéndolo de cerca.

Sin buscarlo, acababa de presenciar un choque entre Rambo y un leopardo. Dos días antes, un hombre de un pueblo cercano —el tercero en menos de un mes— había sobrevivido por muy poco a un ataque similar. Aún alterado, corrí a casa para avisar a mi familia y a los vecinos de que tuvieran cuidado.

Al caer la tarde, miré por la ventana y vi a Rambo en mi campo, arrancando mazorcas de maíz fresco como si nada. Aquella vez no lo ahuyenté. Me limité a observarlo mientras se daba un festín. Después de todo, un par de mazorcas era un precio más que razonable para alguien que, sin proponérselo, acababa de salvarnos la vida, aunque fuera un descarado ladrón de cuatro patas.

Saved By Rambo

Cecil Dzwowa (Zimbabwe)

As soon as I heard the loud barking, I knew it was Rambo, the giant male lone baboon from the nearby game park. Rambo got the nickname because of his daring 'one-man' crop fields and livestock raiding expeditions in our village. Everyone was fed up with him, but there was nothing much we could do because shooting troublesome wild animals was outlawed. Armed with a catapult - the only weapon I could legally use to confront Rambo - I rushed to the nearby fig tree, his favorite hangout. The ever-alert Rambo quickly spotted me from a distance, but he did not run away as I expected. Instead, he continued to bark aggressively as if I were not there. Suddenly, a juvenile leopard bolted out of the nearby thicket and ran into the forest with Rambo in hot pursuit.

I had just bumped into a standoff between Rambo and a leopard. A couple of days ago, a man from a nearby village, the third in less than a month, narrowly escaped with his life after being mauled by a leopard. Shell-shocked, I sprinted home to tell my family and neighbours to watch out.

Later in the afternoon, I gazed through the window and noticed that Rambo was busy harvesting fresh maize in my field without my permission, as usual. That day, I left him alone and watched as he greedily munched his loot. After all, a couple of maize cobs were not a fair reward to a neighbor who had just saved our lives, even though he was an unrepentant four-legged thief.

El país de un millón de poetas

Laura Carrillo Palacios (España)

Nunca llegué a visitar el país del que procedían sus padres, pero pude sentir su magia a través de las historias que él me contaba. «Lo llaman el país de un millón de poetas» me decía, «pero para mí siempre será el país de las mil lunas». Se entretenía contándome historias que acontecían en su tierra bajo la luz de lunas de diferentes colores. Algunas eran rojo carmesí, otras naranja melocotón, las más terribles gris volcánico. Él había vivido casi toda su vida con sus padres en el sur de España, pero había viajado varias veces a Mauritania para conocer a su familia. «No hay nada más mágico que acampar en el desierto. Compartes pan y leche de camello con tus acompañantes. Prendes un fuego sobre la arena cuyas chispas encienden la noche más oscura. Ascendes una de las dunas más altas hasta dejar atrás el llanto de los coyotes. Y cuando la khaima en la que duermes apenas es una sombra imperceptible, levantas la mirada hacia el cielo. Rodeando a una luna de caramelo se pueden observar cientos de millones de estrellas. Tan brillantes y numerosas que uno se siente pequeño y enorme al mismo tiempo. Las estrellas huelen a esperanza. Aunque es la luna quien realmente nos protege del frío».

La luna y el baobab

Andrea Bini (Italia)

El abuelo se acomodó en su vieja silla de mimbre y dio unas palmaditas en sus rodillas. Venid aquí, pequeños. ¿Quieren que les cuente un secreto? preguntó el abuelo con una sonrisa pícara. Los niños asintieron, emocionados. Hace mucho, mucho tiempo, la luna se sintió sola. Desde el cielo veía todo, pero nadie le hablaba. Así que una noche, bajó a la tierra y buscó al árbol más viejo y sabio: el gran baobab. Los pequeños abrieron los ojos muy grandes. Baobab, dime, ¿cómo haces para ser tan fuerte y feliz? preguntó la luna. El baobab, con su tronco grueso y raíces profundas, sonrió y dijo: Porque escucho las historias del viento y guardo los sueños de quienes duermen bajo mi sombra. La luna suspiró. Ella también quería escuchar historias, quería sentir que pertenecía a algo. Entonces el baobab tuvo una idea, continuó el abuelo. Si quieres, cada noche ven y te contaré lo que me dice el viento. Así lo hicieron. Cada noche, la luna bajaba despacito y el baobab le hablaba sobre los elefantes que caminaban sin prisa y sobre los leones que rugían como si hablaran con las estrellas. ¿Y qué pasó después, abuelo? preguntó la más pequeña. El abuelo sonrió y le acarició el pelo. La luna se hizo tan amiga del baobab que, aunque volvió al cielo, nunca dejó de visitarlo. Por eso, cuando mires un baobab en la noche, verás que su sombra siempre apunta a la luna. Los niños suspiraron felices y cerraron los ojos, soñando con lunas curiosas y árboles que cuentan historias.

La máscara

Jorge Juan Codina Ripoll (España)

El rostro de madera descansa en el museo madrileño tras cinco centímetros de vitrina blindada. Bokar presiona su frente contra el cristal, como queriendo fundirse con él. «Exhibición temporal: Arte ceremonial de Costa de Marfil», rezaba la placa dorada. La máscara —tallada por su abuela décadas atrás— es ahora patrimonio cultural de la humanidad. Amarga paradoja: mientras él limpia oficinas con documentos provisionales, la creación ancestral ostenta visado diplomático y catálogo multilingüe. Recuerda el relato familiar: cómo los coleccionistas adquirieron la pieza durante la sequía del 78, en compensación por medicinas que nunca llegaron. La máscara, diseñada para invocar la lluvia durante las ceremonias de las sacerdotisas Komian, ahora solo invoca turistas. Antes de salir, teclea el código que figura en el mensaje del móvil. Su amiga de seguridad le ha prometido acceso a la sala durante quince minutos. No planea sustraerla —¿dónde ocultarla en su habitación compartida?—, solo rozarla sin barreras, canturrearle las plegarias que la abuela le enseñó. Dos noches después, mientras la lluvia repiquetea sobre el tejado del museo y los charcos de Aniassué, Bokar observa cómo una gota resbala por la mejilla de madera. Él sonríe. La máscara llora, que es su propósito, como él recuerda el suyo antes de volver cada uno a su respectiva vitrina.

La llamada de Sansón

Oluwaseun Wende (Nigeria)

Traducción de Ramsés Cabrera

Sansón Adenuga sabía que no estaba hecho para llevar una vida cualquiera dentro de la familia Adenuga. El camino estaba claro: acabar el instituto y sumarse al negocio del *aş ọ òkè*, o ir a la universidad y aspirar a un empleo público en el estado de Ogun. Nadie soñaba con nada más. Las mujeres tampoco: su destino se limitaba a tejer *aş ọ òkè*, ser esposas, madres o, en el mejor de los casos, dedicarse a los tintes y estampados. Pero Sansón sabía que no podía conformarse con ser un miembro más de la familia.

Tal vez todo comenzó el día de su nacimiento, cuando su madre decidió dejarle el pelo largo en lugar del corte corto que se esperaba de un bebé nigeriano. Hubo murmullos, reproches y discusiones; algunos la enfrentaron sin rodeos, pero ella no cedió. Protegió aquellos rizos largos. De ahí nació el nombre de Sansón. Esa noche, al contemplar a su familia reunida en el espacioso salón, comprendió que había llegado el momento de plantar cara a sus temores.

—Voy a ordenarme sacerdote.

El anuncio estalló en un coro de voces cruzadas. Sansón sonrió, sereno, mientras cada uno intentaba imponer su opinión.

—¿No estará poseído? —dijo su abuela.

—¿Y va a escoger justo la vocación más próxima al agua bendita? —replicó la tía Adunni, negando con la cabeza—. No lo creo, mamá.

—Para mí que es gay.

—Te advertí que le cortaras el pelo.

Entre el ruido y el desconcierto, Sansón sonrió para sí. Estaba convencido de que, al final, todo encontraría su lugar.

Samsons Call

Oluwaseun Wende (Nigeria)

Samson Adenuga knew he was destined for more than being a regular boy in the Adenuga family. You were expected to finish secondary school and either join the family's aṣọ òkè business or attend the University and take up a role in the Ogun State civil service after graduation. Nobody ever attempted to be more. The women had no other dream than being aṣọ òkè weavers, wives, mothers, or the occasional tie and dye makers amongst them. Samson knew though, that he couldn't be just another Adenuga.

It probably started from birth when his mother chose to keep his hair instead of the usual lowcut expected of a bouncing Nigerian baby boy. Tongues wagged and side talks followed; a few brazen ones confronted but his mother was determined to keep his long curly hair locks. That birthed the name Samson for him. That evening, as Samson stared at his family in the spacious living room, he knew he had to face his fears. «I am joining the Priesthood» He announced. A cacophony followed his words but he simply smiled at them as everyone fought to have their say.

«You don't think he's possessed, do you?» His grandmother asked. Auntie Adunni, his uncle's wife, shook her head. «And he chose a vocation with the most proximity to Holy water? I don't think so, Mama.»

«I think he's gay»

«I told that woman to cut his hair»

As they spoke over one another, Samson smiled and told himself they would be just fine eventually.

The Sangoma

Carolyn De La Harpe (Reino Unido)

Traducción de Ramsés Cabrera

Un hombre está arrodillado sobre una estera de hierba, en el centro de la habitación. Es de hueso ancho, como un toro. Tiene la cabeza rapada, empapada de sudor, ceñida por una cinta de piel de leopardo, y lleva un delantal del mismo material sobre la ropa. Solo su reloj de oro, brillante, que atrapa la luz que entra por la puerta, me recuerda que existe un mundo más allá de esta estancia.

De forma instintiva me arrodillo, me inclino hacia delante, junto las manos y aplaudo según la costumbre, para entonces decir:

—Thokoza Khehla.

Me saluda y frunce el ceño. Siento su mirada clavada en mí, pero mantengo los ojos fijos en sus labios. Están entreabiertos y dejan ver el hueco entre los dientes delanteros. Tras un largo silencio, silba a través de ese espacio y niega con la cabeza.

—Mi dlozi dice que traes problemas.

Mi rostro y mi cuerpo permanecen inmóviles, pero, por dentro, me retuerzo.

Mete la mano bajo un paño y saca un teléfono. Es liso y reluciente, tan fuera de lugar como su reloj, y ahora soy yo quien no puede apartar la mirada. He visto a sangomas tocar tambores, bailar y cantar para complacer a los antepasados, pero nunca había oído hablar de uno que los llamara por teléfono. Me pregunto cuánto costará una llamada al mundo de los espíritus.

Toca la pantalla y guarda el aparato. Luego recoge los «huesos»: un puñado de pequeños objetos cuidadosamente escogidos.

—Cógelos —dice—. Sopla sobre ellos y tíralos al suelo.

Hago lo que me indica. Con un cosquilleo de calor y mareos por el miedo, soplo sobre mis manos. Después las abro y observo cómo los objetos reveladores repiquetean sobre la estera.

The Sangoma

Carolyn De La Harpe (Reino Unido)

A man is kneeling on a grass mat in the middle of the room – heavy-boned like a bull. His shaved head is wet with sweat and circled by a leopard-skin headband, and he wears a matching leopard-skin apron over his clothes. Only his shiny gold watch, which catches the light from the doorway, reminds me there is a world outside this room.

I instinctively go down on my knees, then I bend forward, cup my hands and clap them together in the customary way, saying, «Thokoza Khehla.»

He greets me and a frown flickers across his brow. I feel his stare burning into me, but I keep my eyes on his lips. They are parted and there's a gap between his front teeth. After a long silence, he whistles through his tooth gap and shakes his head.

«My dlozi says you are trouble!»

My face and body are still, but inside I am writhing.

He reaches under a cloth and pulls out a phone. It's smooth and sparkling – out of place here, like his watch, and it's my turn to stare. I've seen sangomas drumming and dancing and chanting to please the ancestors, but I've never heard of one calling the ancestors by phone. I wonder how much it costs for a call to the spirit world.

He taps the screen and puts it away. Then he scoops up the 'bones', a bundle of small, carefully-chosen items. «Take these,» he says. «Blow on them and throw them down.»

I do as I'm told. Prickling with heat and dizzy with dread, I blow on my hands. Then I open them and watch as the telltale objects rattle into place on the mat.

La fuerza del destino

Sergio Capitán Herraiz (España)

El viento arrastra la arena desde el interior hasta la costa, como si la tierra quisiera extender su brazo al océano. El viejo pescador observa el perfil de su país en el mapa, con esa forma de cuerno afilado desafiando a las aguas. Dicen que la forma del Cuerno de África es un recordatorio del alma de su pueblo: avanzar, empujar, resistir, como lo han hecho siempre los que habitan estas costas. El mar, con su fuerza inmensa, ha marcado historias y vidas, pero ellos nunca han cedido. Los barcos llegan y parten, las tormentas sacuden la orilla, pero la roca permanece. Hace años, perdió algo en el agua. Lo vio hundirse lentamente, arrastrado por las olas, sin poder hacer nada. Desde entonces, cada jornada de pesca lleva consigo la sensación de que esas aguas le deben algo y de que tarde o temprano se lo devolverán. Esa noche, mientras recoge la red bajo la luz tenue de la luna, sus manos sienten un objeto ajeno entre los peces. Lo toma con cautela y su piel arrugada reconoce su textura antes de verlo. Y entonces descubre el amuleto de su padre, aquel que creía haber perdido para siempre. Lo aprieta en su puño y recuerda la voz que contaba historias sobre el océano como guardián de secretos. «El mar nunca olvida», decía. Ahora lo entiende: algunas cosas que el agua toma no están destinadas a desaparecer, sino a regresar cuando el corazón las necesite. El viejo sonríe. Siempre devuelve el golpe el mar.

Carnavaleidoscopio

Wellington Kallil de Campos Alves (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Es noche de plenilunio. Estamos en pleno martes de Carnaval, entregados a la plenitud del día 3 de marzo del año 2071, a las 3:14:15:92. La huella ritual de este samba-enredo es el *beat* del atabaque/baque/que ata y desata baque, en el plisado de los signos aquí ofrecidos, a trancas y barrancas/arrancas/ancas agudas de cavaco en el esfínter del espejo, doblado aquí y allá como si fuera aquí y allá, en busca del samba celestial.

Enmarcado por el astral de esta habitación apartada, que tanto me atrapa como me libera, me desperté desconfigurado después de caerme de la cama. Todo está dando vueltas, yo me levanto amparado por la pared, voy hacia la ventana sintiendo náuseas en conjunción con la inconstancia lunar, a fin de tomar el aire de la madrugada que ofrecen las montañas detrás de montañas mientras tengo flashes de haber salido de un sueño lúcido a la deriva en alta mar. Pero no era yo.

En esta visión, azotado por grandes olas, compuse el siguiente samba-enredo, para ser lanzado en el carnaval/aval/val de carnes y culos: «Que la mujer de este balanceo balancea hecha rumba cubana dentro de mi corazón/razón/son y arte, allí edificaré mi lira, oh, mujer de mi alma, que se revela/vela/la alegoría que navega en mí, haz de mi cuerpo tu mar abierto y de mi alma tu alma gemela. Y en los restos de esta marea, oh, musa de mi persistencia, tú y yo, y la ilusión hinchada, somos hum. Que mi destino es baticum, surcando el sendero (in)quieto de la sonora ventisca donde el mar es onomatopeya de esta ceremonia que va a comenzar ahora».

Carnavaleidoscópio

Wellington Kallil de Campos Alves (Brasil)

É noite de plenilúnio. Estamos em plena terça-feira gorda, costurados na plenitude do dia 3 de março do ano de 2071, às 3h14:15:92. A pegada ritual deste enredo é o beat do atabaque/baque/que ata e desata baque, no plissê dos signos aqui ofertados, aos trancos e barrancos/arrancos/ancos agudos de cavaco no esfíncter do espelho, plissado aqui e ali como se fosse aqui e ali, à procura do samba celestial.

Enquadrado pelo astral deste quarto apartado, que tanto me prende quanto me liberta, acordei desconfigurado após cair da cama. Tudo está girando, eu me levanto amparado pela parede, vou para janela sentindo náuseas em conjugação com a inconstância do luar, a fim de tomar a aragem da madrugada que ofertam as montanhas atrás de montanhas enquanto tenho flashes de ter saído de um sonho lúcido à deriva em alto mar. Mas não era eu.

Nesta visão, açoitado pelos vagalhões, compus o seguinte samba-enredo, para lançar no carnaval/aval/val de carnes e bundas: «Que a mulher deste balanço balança feito rumba cubana dentro do meu coração/oração/ação e arte, ali edificarei a minha lira, oh, mulher de minha alma, que se revela/vela/ela/lá/a alegoria que veleja em mim, faça do meu corpo o seu mar aberto e da minha alma a sua alma gêmea. E nos destroços dessa maré, oh, musa do meu persistir, eu e você, e a ilusão inflada, somos hum. Que o meu destino é baticum, singrando a trilha (y)nquieta da sonora ventania onde o mar é onomatopeia deste padê que vai começar agora».

Alquimista de los cielos

Edna Tuaira Aníbal (Mozambique)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

Florencia observaba a la mujer tumbada, mirada de águila perforando la máscara de serenidad que ella intentaba mostrar. No había dolor visible, pero el aire vibraba con una angustia densa. La sonrisa forzada no engañaba a Florencia, médica celestial que veía más allá de la piel, que escuchaba el grito mudo del alma y el eco de batallas invisibles. Se acercó. Sus dedos casi rozaron la piel de la mujer, pero se detuvieron. Susurró una oración sin voz, esperando el permiso sagrado. Su poder solo se haría real con el consentimiento de aquella alma. No podía actuar sin el «sí» de la voluntad humana - era ley. En un soplo silencioso, se lanzó más allá de los velos del mundo, donde la materia se desintegra y lo espiritual revela sus monstruos. El demonio de la envidia esperaba, ojos hambrientos, listo para devorar esperanza. Florencia lo enfrentó con la luz de su ser. La batalla fue intensa. La victoria, inevitable. El mal se disipó como la niebla al amanecer. Pero el dolor, ese, permanecía.

Porque la verdadera cura no reside en la caída del enemigo, sino en la apertura del alma. Incluso en lo invisible, nada se toca sin entrega.

De vuelta, Florencia miró a la mujer. Libre, pero vacía. El espacio por llenar era solo suyo. Entonces susurró, como si dejara una llave: «El dolor solo se cura cuando damos lugar a lo divino en nosotros».

Y se marchó.

Alquimista dos céus

Edna Tuaira Aníbal (Mozambique)

Florência observava a mulher deitada, o olhar de águia a perfurar o disfarce de serenidade que ela tentava exhibir. Não havia dor visível, mas o ar vibrava com uma angústia densa. O sorriso forçado não iludia Florência, médica celestial que via além da pele, que escutava o grito mudo da alma e o eco de batalhas invisíveis. Aproximou-se. Os dedos quase roçaram a pele da mulher, mas detiveram-se. Sussurrou uma oração sem voz, aguardando a permissão sagrada. O seu poder apenas se tornaria real com o consentimento daquela alma. Não podia agir sem o «sim» da vontade humana — era lei. Num sopro silencioso, lançou-se para lá dos véus do mundo, onde a matéria se desfaz e o espiritual revela os seus monstros. O demónio da inveja esperava, olhos famintos, pronto para devorar esperança. Florência enfrentou-o com a luz do seu ser. A batalha foi intensa. A vitória, inevitável. O mal dissipou-se como névoa ao romper do dia. Mas a dor, essa, permanecia.

Porque a cura verdadeira não reside na queda do inimigo, mas na abertura da alma. Mesmo no invisível, nada é tocado sem entrega.

De volta, Florência fitou a mulher. Livre, mas vazia. O espaço por preencher era só dela. Sussurrou então, como se deixasse uma chave: «A dor só é curada quando damos lugar ao divino em nós.»

E partiu.

Dátil

Armando Cortés Mendoza (México)

En una palmera, que escuchaba los lamentos del pueblo por los injustos impuestos del sultán, nació un curioso dátíl. Era magro y pequeño, pero amaba leer. Siempre se le veía acompañado de un libro. Todos sus hermanos lo menoscababan entre risas: «A nadie le gustan los sabelotodo», y el dátíl se refugiaba en la poesía épica. Cuando llegó el tiempo de cosecha, una mano joven cortó a todos por igual. Y el dátíl peregrinó junto a sus hermanos. «La suerte no te durará tanto, pronto descubrirán cuán amargo y seco estás», y el magro dátíl, estudiaba con más empeño matemáticas y astronomía. Transportados en una carreta, alcanzaron a oír rumores furiosos de las gentes reunidas ya en la arenosa plaza. Decenas de manos se abalanzaron sobre las tiernas frutas. El descarnado dátíl rodó hasta el fondo. Casi había escapado al destino de sus hermanos, que eran lanzados entre insultos al Sultán. Pero la suerte lo alcanzó mientras leía un tratado sobre anarquismo: aquella mano joven lo tomó y se lo llevó a la boca. El rebelde dátíl le arrancó un diente. El niño furioso lo lanzó, con tal suerte que dejó tuerto al tirano gobernante. Y así, un insignificante dátíl logró convertirse en caudillo, no de su pueblo, sino de los hombres

Detrás de un gran hombre, siempre una gran sombra

Ismael Negreira Hermida (España)

El debate electoral fue reñido. Todos los candidatos estaban sobradamente preparados, pero ninguno lo estaba del todo. El votante medio huía del centro en búsqueda de horizontes excitantes. La República cumplía doscientos dos años de independencia y urgía dar un nuevo rumbo a la nación. Don Claudio Matías logró la arrolladora victoria. Su inusual perfil prometía el cambio. En su discurso a las masas, agradeció a sus votantes la oportunidad y también el apoyo incondicional de la nueva primera dama: su sombra. Cinco años atrás, en un viaje a Sudáfrica, voló sobre el asfalto tras atravesar el parabrisas. Pícaros, el apagón y el amarula habían escondido el semáforo, pero, en pleno vuelo, pudo ver sobre un bache su sombra nítida dibujada por la luz de la luna austral. Fue amor a primera vista. La cercanía de la muerte espoleó aquel amor indecoroso. Azuzado por la ambiciosa primera dama, Don Claudio orquestó un golpe de estado en el tercer mes de su mandato. Luego, impuso aranceles. Más tarde, censuró las artes y a continuación rompió relaciones diplomáticas para acto seguido barrer y recomponer sus piezas mientras salvaba a la República. Ya derrocado, tras el juicio minucioso quedó absuelto al demostrarse irrefutablemente que su esposa había sido el cerebro de la dictadura. Nunca hubo divorcio porque la ley no había llegado a reconocer tal matrimonio, pero la sombra ya había huido al extranjero, cautelosa, con el patrimonio de ambos.

Al margen

Luiz Eduardo de Carvalho (Brasil)

Traducción de María Felisa Rodríguez Prado

En infinitas travesías por el Zambeze, el barquero Kembo Dambudzo fue testigo de décadas con profundas modificaciones de aquello que en nada cambia. A los pasajeros les hablaba sobre fragmentos repetidos e inconexos que nada añadían a la falta de sentido general de su existencia intermedia, sin márgenes. Ninguna información coherente ni señal de diálogo que tradujese empatía. En aquella soledad de efímeras compañías, pronto se convirtió en prisionero sin ventanas de la oscuridad de sí mismo.

Sus pocas palabras no traducían recuerdos, pérdidas quimeras o ilusiones de sueños por venir. Eran meros espasmos de incontinencia del desorden de su mente aún no purgada de la propia historia de no pertenecer a ningún lugar. Ante los incorrespondientes diálogos, un día, finalmente, se calló. Nunca más volvió a hablar. Exhausto de esperanza, entregó toda su imprecisa memoria al olvido.

Destituido de la balsa y de las travesías, aún vaga por ahí. No hace mucho, fue visto de cuclillas en una roca, los pies deformados sobre los cascos de sus pasos descalzos, el negro rostro arrugado de tanto sol, el gris descolorido de su espeso cabello brillando a la luz de la luna, los ojos profundos que siempre van hacia el infinito de las noches estrelladas, los pensamientos serenos de quien abdicó de la voz de los recuerdos.

Kembo, avatar anónimo, sacerdote sin oficio, maestro sin discípulos, iluminado sin ser percibido, legó al olvidado todo cuanto no mostró a nadie pero se realizó plenamente, en sí mismo, en el misterioso silencio del olvido.

À Margem

Luiz Eduardo de Carvalho (Brasil)

Nas infinitas travessias pelo Zambeze, o balseiro Kembo Dambudzo testemunhou décadas de profundas modificações daquilo que nada muda. Aos passageiros, falava acerca de repetidos e desconexos fragmentos que nada acrescentavam à falta de sentido geral para sua existência intermediária, sem margens. Nenhuma informação coerente ou sinal de diálogo que traduzisse empatia. Naquela solidão de efêmeras companhias, cedo se tornou prisioneiro sem janelas do escuro de si mesmo.

Suas poucas palavras não traduziam lembranças, perdidas quimeras ou devaneios de sonhos por vir. Eram meros espasmos de incontinência da desordem de sua mente ainda não purgada da própria história de não pertencer a parte alguma. Diante dos incorrespondentes diálogos, um dia, por fim, calou-se. Nunca mais falou. Exausto de esperança, entregou toda sua imprecisa memória ao esquecimento.

Deposto da balsa e das travessias, ainda vaga por aí. Não faz muito tempo, foi visto acorado num rochedo, os pés deformados sobre os cascos dos passos descalços, o negro rosto engelhado pelas rugas de tanto sol, o gris desbotado dos espessos cabelos reluzentes ao luar, os olhos profundos que sempre vão ao infinito das noites estreladas, os pensamentos quietos de quem abdicou da voz das lembranças.

Kembo, avatar anônimo, sacerdote sem ofício, mestre sem discípulo, iluminado sem ser percebido, legou ao olvidado tudo quanto não mostrou a ninguém, mas que, em si, realizou-se plenamente no misterioso silêncio do esquecimento.

El legado de la tejedora

Malika Gilmanova (Tartaristán, Rusia)

Traducción de Ramsés Cabrera

En la antigua ciudad de Djenné, en Malí, Fatoumata era conocida como la maestra tejedora. Sus dedos danzaban sobre el telar, dando forma a dibujos minuciosos que guardaban las historias de los antepasados. Cada hilo era un recuerdo; cada patrón, una lección heredada de generación en generación. Sus tejidos no eran solo arte: eran la historia viva de su pueblo, un testimonio de su resistencia y creatividad.

Un día, una muchacha llamada Awa llegó a su taller, con la curiosidad brillándole en los ojos.

—Enséñame —rogó, deseosa de conocer los secretos del telar.

Fatoumata sonrió al verse reflejada en aquel anhelo. Comenzó a enseñarle no solo las técnicas, sino también las historias que se escondían tras cada diseño. El telar comenzó a cantar: una canción de unidad, de una comunidad vinculada por un pasado común y por sueños compartidos.

Con el paso del tiempo, Awa ganó tanto destreza como seguridad. Empezó a inventar sus propios motivos, mezclando la tradición con su mirada nueva. Sus tejidos llamaron la atención de viajeros y visitantes venidos de todas partes. Se convirtieron en un puente tendido entre lo que fue y lo que estaba por venir, ideado para celebrar la riqueza de la cultura africana.

Tejiendo, Awa encontró su voz y despertó en otros el deseo de volver a mirar sus raíces. La ciudad de Djenné, con sus raíces ancestrales y su cultura vibrante, prosperó, entretejiendo su legado en cada nueva generación. Y, mientras Fatoumata observaba el camino de Awa, supo que el espíritu de sus antepasados seguía vivo, sostenido ahora por las manos de una nueva tejedora.

Legacy of the Weaver

Malika Gilmanova (Tartaristán, Rusia)

In the historic city of Djenné, Mali, Fatoumata was known as the master weaver. Her fingers danced over the loom, creating intricate patterns that told stories of her ancestors. Each thread was a memory, each pattern a lesson passed down through generations. Her textiles were not just art; they were a living history of her people, a testament to resilience and creativity.

One day, a young girl named Awa visited Fatoumata's workshop, her eyes wide with curiosity. „Teach me,« she pleaded, eager to learn the secrets of the loom. Fatoumata smiled, seeing herself in the eager eyes of the girl. She began to teach Awa, sharing not just techniques but the stories behind each design. The loom sang a song of unity, of a community bound by shared history and dreams.

As Awa's skills grew, so did her confidence. She started creating her own designs, blending traditional patterns with her unique vision. Her work began to attract attention, drawing visitors from far and wide. Awa's textiles became a bridge between the past and the future, celebrating the rich tapestry of African culture.

Through her weaving, Awa found her voice, and with it, she inspired others to embrace their heritage. The city of Djenné, with its ancient roots and vibrant culture, thrived, its legacy woven into the fabric of each new generation. And as Fatoumata watched Awa's journey, she knew that the spirit of their ancestors lived on, carried forward by the hands of a new weaver.

The Lighthouse Keeper's Daughter

Ankita Hazra (India)

Traducción de Ramsés Cabrera

El faro siempre había estado vivo. Nunca fue solo luz: era memoria. Sus rayos proyectaban sombras de mundos perdidos, realidades paralelas más allá de las olas. Mi padre, su guardián, decía que el faro tenía un latido propio, vinculado a las mareas. Cada noche ascendía la escalera de caracol, hablándole a las paredes como si pudieran oírle. Cuando enfermó, tomé su relevo. La primera noche que encendí la lámpara, ibis hadada y pihás atravesaron el haz, y sus gritos sonaron como nombres olvidados. La segunda, una tormenta nació dentro de la lente: relámpagos que rasgaron el cielo y dejaron al descubierto las dunas del Sáhara, ondulando bajo un manto de estrellas. La séptima noche apareció ella. Una chica no mayor que yo. Su silueta estaba tallada en la luz dorada. Vestía una isidwaba, llevaba el pelo trenzado con conchas de cauri y sostenía una calabaza luminosa como el oro. Alzó la mano y rozó el límite de mi mundo. Sentí la llamada, tan profunda como el mar. Desde su cama, mi padre murmuró:

—Es la farera de la otra orilla. El faro siempre elige.

Desde entonces, subía cada noche con el corazón temblando, preguntándome si daría el paso, si abandonaría esta vida pesada como piedra. Pero mi padre seguía allí. El faro lo supo. La luz se volvió amable. Mostró baobabs balanceándose, niños golpeando tambores, la sonrisa de mi padre. Y entonces el haz lo llevó, despacio, hacia el horizonte, donde ella lo esperaba.

The Lighthouse Keeper's Daughter

Ankita Hazra (India)

The lighthouse had always been alive. Its beams weren't light but memories, casting shadows of forgotten worlds, parallel worlds across the waves. My father, the keeper said its heartbeat was steady, its pulse tied to the tides. Every night he climbed the spiral staircase, whispering into the walls as if it could hear him. When he fell ill, I took his place. The first time I lit the lamp, a flock of hadaba ibises and pihas burst from the beam, their cries echoing with voices I almost recognized. The second night, a storm brewed within the lens, casting lightning bolts that tore open the sky, revealing the dunes of the Sahara, shifting endlessly under a canopy of stars. On the seventh night, I saw her. A girl no older than myself, her silhouette etched in golden light. She wore Isidwaba, hair braided with cowrie shells, and she carried a calabash that shimmered like gold. She waved, her hand brushing against the edge of my world, and I felt a pull as strong as the sea itself. My father, watching from his sickbed, whispered, «She's the keeper of another shore. The lighthouse chooses its own.» Each night after, I climbed the steps with a pounding heart, wondering if I would step into the beam and join her, leaving behind the heavy stones of this life. But my father needed me. The lighthouse understood. Its light softened, casting gentle scenes-baobabs swaying, children drumming, my father smiling. Then, Lighthouse's beam carried him gently to the horizon, where she waited.

